

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA GUERRA
COMO ESTRATEGIA DE INTERACCIÓN SOCIAL
EN LA HISPANIA PRERROMANA:
*VIRIATO, JEFE REDISTRIBUTIVO (y II)**

Eduardo Sánchez Moreno

Universidad Autónoma de Madrid

La semblanza que del famoso jefe lusitano consagra la historiografía antigua sirve de paradigma para reflexionar acerca de un fenómeno de hondo significado en la vida de los pueblos prerromanos, la guerra. Entre los muchos enfoques posibles, la acción bélica es revisada en tanto mecanismo de contacto cultural generador a su vez de una serie de efectos sociales y económicos en el seno de los grupos litigantes. Recurriendo además de a las fuentes literarias, a apoyos arqueológicos (distribución de riqueza en necrópolis de fines de la Edad del Hierro, con especial atención a las “tumbas de guerrero”) y a modelos antropológicos, intentaremos dilucidar el papel que la redistribución de botines y tributos guerreros –entendidos como el resultado de un intercambio violento en cualquiera de sus modalidades (contienda, ataque puntual, robo...)– desempeña en la articulación socio-política de las gentes del occidente peninsular. La manera en que los “jefes militares”, que son quienes suelen dirigir estos repartos, proceden a la distribución de mercancías entre la población, se muestra en el registro literario como argumento moralizante o anecdótico según los casos. Pero al tiempo constituye un testimonio útil para refrendar la existencia de una fuerte jerarquización habida cuenta que este procedimiento camufla en sí mismo una medida de orde-

* Lo que sigue es continuación de la primera parte del trabajo que fue publicada en el anterior número de la revista *Habis*. La numeración de los apartados y de las notas a pie es correlativa a la de la parte inicial.

Este estudio se ha realizado gracias a una Ayuda del Programa Sectorial de Formación de Profesorado Universitario y Perfeccionamiento de Personal Investigador de la Secretaría de Estado de Universidades, Investigación y Desarrollo del Ministerio de Educación y Cultura.

namiento social. Sólo en este sentido nos permitimos calificar a Viriato con el poco ortodoxo apelativo de *jefe redistributivo*.

The image of the famous Lusitanian chief consecrated by classical literature is used as a paradigm in our reflection on a phenomenon so highly significant in the life of the pre-Roman peoples as war. Among possible different focuses, war is reviewed here only as a mechanism of contact that generates a series of social and economic effects into the fighting groups. Taking into account, besides written sources, some archaeological supports (wealth distribution in Late Iron Age cemeteries, specially the so called “warrior tombs”) and some anthropological models, I shall try to explain the role played by the redistribution of booty and militar tributes –taken as a result of a violent exchange in any case (struggle, puntual attack, robbery...)– into the social and political articulation of the peoples of Western Iberia. The way in which the “warrior chiefs”, the ones who usually lead these acts, conduct the benefit distribution among the population is shown both as a moral and anecdotic argument in the literary record; but, at the same time and because as a means of social ordenation, this fact is an useful testimony in order to prove the existence of a strong hierarchitation in those societies. That is why I am refering to Viriathus by using the scarcy orthodox expression of *redistributive chief*.

VI. EL PAPEL DEL LÍDER Y LA ARTICULACIÓN SOCIAL. VIRIATO COMO PARADIGMA

Contamos con una imagen literaria que a pesar de estar envuelta en el mito da cuenta de la importancia que tiene en las sociedades del occidente peninsular la redistribución de botines y tributos de guerra. Un reparto dirigido por una cabeza militar (representación eventual, pero notoria, de la idea de *poder o lugar central* recién expuesta) y que es utilizado por la misma como medida de orden social. Nos referimos a Viriato, al que sólo en este punto nos vamos a permitir atribuirle un apelativo nuevo, el de *jefe redistributivo*.

No cabe duda de que la del lusitano es una de las figuras que mayor número de páginas ha acaparado en la bibliografía de la Hispania antigua. Su tratamiento ha ido variando con el tiempo en función del desarrollo de una investigación que, según circunstancias y en unas épocas más que en otras, se ha movido al ritmo de intereses ideológicos e incluso de modas políticas dominantes. En este sentido consideramos que una breve retrospectiva historiográfica puede resultar conveniente para contextualizar lo mejor posible nuestro propio comentario.

Dejando a un lado los trabajos más antiguos de la escuela alemana de fines del XIX, supeditados a la información textual clásica con arreglo al historicismo positivista representativo de aquellos momentos¹⁷, y las apreciaciones pseudo-históricas de algunos escritos nacionales (en su mayoría debidos a militares) exaltando la heroicidad de Viriato en la historia-patria y reivindicando su cuna his-

¹⁷ En especial, Becker (1826), Hoffmann (1865) y Mommsen (1903: 8-13). Una valoración y más referencias sobre estos trabajos inaugurales en Gundel (1968: 177) y Rubinsohn (1981: 172-174).

pana frente a la adscripción portuguesa¹⁸, el primer estudio pormenorizado sobre Viriato es el que publica Adolf Schulten en 1917. Gracias al rastreo de las fuentes, a la identificación de topónimos antiguos y a la reconstrucción histórica de la gesta y movimientos viriáticos ofrecidos (Schulten, 1917), esta obra supuso un punto de partida obligado para los trabajos posteriores que la han continuado, a pesar de sus vicios y limitaciones. El Viriato de Schulten es, fundamentalmente, el retrato del caudillo de la libertad ibérica frente al expansionismo romano, en un ensayo caracterizado por los prejuicios etnográficos propios del método schulteniano, tal y como pone de manifiesto la crítica de nuestros días¹⁹. Se puede decir que los estudios emprendidos a partir de entonces se circunscriben dentro de dos tendencias bien determinadas que todavía hoy se mantienen: los análisis históricos de corte más o menos descriptivo insertados en el proceso global de la conquista romana de Hispania, de un lado, y las autopsias acerca del Viriato –o Viriatos– transferido por los clásicos a la sombra de proyecciones ideológicas y filosóficas, de otro lado.

Dentro de la primera corriente cabe citar las aportaciones de García y Bellido (1945: esp. 26-28, 45-50), que aunque acotado al tema concreto de las rebeliones indígenas se muestra como trabajo de gran originalidad –más teniendo en cuenta la época en que está escrito²⁰–, Simon (1962: 87-100, 116-142), Gundel (1968; 1970), Dyson (1975: 148-150), Bane (1977: 414, 419), Knapp (1977: 30-32, 42-43, 50-53) y, más recientes en el tiempo, Santos Yanguas/Montero (1983), Richardson (1986: 136-149, 185-189), López Melero (1988), de Francisco (1989: 57-75), Curchin (1991: 33-39) y Pitillas (1996: 137-141). Con miras más equilibradas y desprovistos de la retórica grandilocuente y ensalzadora de otras décadas, estos trabajos ponen el acento en el relato de las campañas militares y la estrategia guerrera desplegada por Viriato, en las causas de la revuelta lusitana y la situación interna de las entidades prerromanas o en la relación His-

¹⁸ Como botón de muestra, Arenas López (1900; 1907), quien sustituye el sello lusitano del pasaporte de Viriato por el celtibérico. La rivalidad de los intelectuales españoles y portugueses por “fichar a Viriato en sus respectivos equipos nacionales” adquiere tintes de sainete en sentencias como la que sigue: “(Viriato) no fue ni una sola vez en esos años a Portugal, ni aún para una corta vacación; ni se aproximó a menos de cuarenta leguas de la actual frontera hispano-portuguesa” (Kindelan, 1958: 13). Este autor habla de “una Lusitania Celtíbera mediterránea distinta de la atlántica; ubicada en tierra aragonesa, hacia Molina de Aragón, verdadera patria de Viriato y sin conexión alguna con su sinónima occidental (Portugal)” (Kindelan, 1958: 13).

¹⁹ De rancio etnocentrismo y trasnochado romanticismo nacionalista ha sido tachada muy recientemente la literatura de Schulten (García Quintela, 1999: 184). *Vide* en este sentido igualmente García Moreno (1988; 1989), Pérez Vilatela (1989a; 1989b) y Guerra/Fabião (1992: 20-21).

²⁰ *Vide supra*, Introducción (Parte I). En otro orden de cosas, García y Bellido (1945: 45-50) entiende la táctica guerrillera practicada por las bandas lusitanas y celtibéricas como algo genuinamente hispánico. Esta interpretación se engloba dentro de la idea de continuidad o identidad de lo español a lo largo de la Historia, tan patente en García y Bellido. Así, por ejemplo, enmarca a Viriato en el retrato del “bandolero andaluz”, una de las fisonomías del *homo hispanicus* por antonomasia. *Vide* al respecto los comentarios de J. Arce (1991: 17) en la Introducción al ya clásico *Veinticinco estampas de la España Antigua*.

pania-Roma a mediados del siglo II a.C., con miramiento especial a las consecuencias de la guerra viriática en la evolución política de la república romana.

Tomando parte del segundo tipo de aproximación, merecen subrayarse los análisis internos llevados a cabo por Lens Tuero (1968), García Moreno (1988; 1989: 31-43) y García Quintela (1993; 1999: 177-222) sobre el trasfondo de la literatura viriática. En el primero de estos ensayos, un minucioso análisis filológico lleva a enjuiciar la historia de Viriato transmitida por Posidonio a través de Diodoro como una muestra de historiografía helenística y moralizante que convierte al líder lusitano en el prototipo del “buen salvaje” derivado de las doctrinas cínica y estoica. En definitiva, una reconstrucción ideológica con la cual los escritores de aquella corriente intentan contrarrestar y denunciar los signos de decadencia perceptibles en la Roma de los siglos II-I a.C. (Lens Tuero, 1968). Partiendo de presupuestos similares, esto es, la evocación del Viriato de los textos antiguos como héroe natural y justiciero siguiendo el cliché estoico-cínico posidoniano, García Moreno ha avanzado valiosas consideraciones sobre el entorno histórico del personaje. Entre las deducciones de mayor peso habría que señalar la vinculación de Viriato con la Lusitania meridional, en concreto con la región fronteriza de Beturia, corrigiendo la añeja visión de Schulten que hacía de la remota comarca de la Sierra de la Estrella al norte de Portugal su tierra natal, con todas las connotaciones de marginalidad y barbarie pertinentes (García Moreno, 1988; 1989: 31-43). A conclusiones parecidas llega Pérez Vilatela (1989a; 1989b; 1990), con un espíritu igualmente revisionista. Los estudios de García Moreno han ayudado asimismo a desmontar la leyenda que desde antiguo se ha tejido alrededor del jefe lusitano, empeño compartido por otros investigadores que han llamado la atención sobre el uso político del personaje, en tiempos romanos (*exemplum* de nobleza bárbara) y en la historia reciente (precursor del caudillaje militar) (García, 1985; Guerra/Fabião, 1992; Alvar, 1997: 137-143).

Con respecto a la obra de García Quintela, su objetivo es intentar demostrar que buena parte de los relatos sobre Viriato son coherentes con la ideología trifuncional indoeuropea descrita por G. Dumézil, especialmente con las denominadas primera y –con más dudas– segunda funciones: la del guerrero y la del soberano céltico de carácter cuasi divino, respectivamente. Con la novedad que supone sustituir el tradicional enfoque socio-económico por otro ideológico-simbólico de raíz indígena, el autor apoya sus argumentos en una exploración a fondo de varios ciclos indoeuropeos, examinando episodios germanos, irlandeses, hindúes, romanos y célticos (García Quintela, 1993; 1999: 177-222). En cualquier caso, a nuestro entender resulta más reveladora la propuesta de juzgar que las fuentes griegas relativas a Viriato recogen una versión lusitana fosilizada en un discurso típicamente helénico: “parece posible afirmar que en Diodoro leemos la traducción al griego, seguramente con adaptaciones, de una creación intelectual indígena. Ésta reelabora la ideología tradicional para movilizarla en un momento histórico de resistencia contra los romanos e hipertrofia del rol del jefe” (García Quintela, 1993: 131).

Curiosamente uno de los aspectos menos atendido es la actitud de Viriato repartiendo el botín entre los suyos. El que este particular haya pasado bastante desapercibido en la investigación es de suponer que se debe a la primacía de otros intereses: la vida del personaje (con escenas de tanto jugo como los espasales, el asesinato o el solemne funeral) o el análisis de las tendencias histórico-literarias con que la historiografía cubre su excepcional silueta, como acaba de observarse. Y, sin embargo, el capítulo de la adjudicación de botines y regalos se repite en casi todas las fuentes que se detienen en Viriato. Hagamos una recopilación de estas referencias:

D.S. 33.1.3:

“en el reparto del botín era justiciero, y distinguía con regalos a los que se señalaban por su valor” (traducción de Schulten, 1937: 328)

D.S. 33.1.5:

“Viriato, el jefe de ladrones lusitano, era justo en el reparto del botín: basaba sus recompensas en el mérito y hacía regalos especiales a aquellos de sus hombres que se distinguían por su valor, además no cogía para su uso particular lo que pertenecía a la reserva común. Debido a ello, los lusitanos le seguían de buen grado a la batalla y lo honraban como su benefactor y salvador común” (traducción de García Quintela, 1999: 215)²¹

D.S. 33.21a:

“En el reparto del botín no tomaba nunca una parte mejor que los otros; y de lo que tomaba, u obsequiaba a los que más se distinguían o subvenía a las necesidades de los soldados” (traducción de Schulten, 1937: 326)

App. *Iber.* 75:

“Tanta fue la añoranza que Viriato dejó tras de sí, el que más dotes de mando había tenido entre los bárbaros y el más atrevido ante todo por delante de todos y el más presto al reparto a la hora del botín. Pues nunca aceptó tomar una parte mayor a pesar de que continuamente le animaban a ello; e incluso lo que tomaba se lo entregaba a quienes más habían destacado en la lucha. Por esto, un asunto complicado y no fácilmente conseguido por ningún otro de los generales: durante los ocho años de esta guerra un ejército constituido de elementos heterogéneos nunca se le rebeló y siempre fue sumiso y el más resuelto a la hora del peligro” (traducción de Gómez Espelós, 1993: 103)

²¹ García Quintela repara en este pasaje, pero con el fin de demostrar que en Viriato podrían descubrirse señales de poder regio indoeuropeo: “el texto de Diodoro, a pesar de las deplorables condiciones de transmisión, puede considerarse una aproximación correcta desde la mentalidad helenística a una realidad institucional ajena. Se describe a Viriato *como si* accediese a una suerte de realza otorgada consensuadamente, con lo cual se sigue el modelo de concesión de honores helenístico a unos reyes que de ninguna forma asentaban su poder en un consenso análogo” (García Quintela, 1999: 216).

Cic. Off. 2.40:

“Y así por su equidad en repartir el botín obtuvieron un gran poder no sólo Bardilis, bandolero ilirio, sino también y mucho mayor el lusitano Viriato” (traducción de Schulten, 1937: 330)

La escena interesa por distintas razones. Además de reparar de nuevo en el contexto bélico lusitano (150-139 a.C.), el episodio ilustra muy bien cómo el resultado de un triunfo guerrero da paso a un mecanismo socio-económico de redistribución de bienes y recompensas que alcanza jerárquicamente al conjunto de los guerreros victoriosos. Y cómo ese mecanismo es operado por el cabecilla de la comunidad, quien simultáneamente acrecienta las bases de su poder gracias precisamente a los resultados de la acción militar; tanto más prestigiosa cuanto más lejano sea el escenario de los hechos y más poderosos sean el enemigo a batir y los símbolos identificativos de tales hazañas. Por descontado que nuestra lectura es una interpretación hipotética; una particular adaptación histórica de la *metáfora* literaria de Viriato, si se quiere, pues en verdad las fuentes clásicas retratan al pastor, ladrón y caudillo lusitano como a un Robin Hood protohistórico²²: un delincuente o bandido al que casi justifican por su talante igualitario, justo y barbarizadamente noble (Hobsbawn, 1985: 41-56), según el modelo del *buen salvaje* o la doctrina cínica de los que participa la historiografía clásica (Lens Tuero, 1968). Por eso, la enseñanza extraíble automáticamente de esta tradición literaria es la del comportamiento ejemplar y equitativo de Viriato, que no toma nada para sí y que concede regalos especiales a quienes se han distinguido en la lucha; todo lo cual hace que sea admirado y respetado fielmente por los suyos hasta el punto de no tener que hacer frente a ninguna rebelión interna.

Pero, al margen de la evidente intencionalidad moralizante, estos textos cobijan una serie de pistas que permiten formular preguntas de finalidad más marcadamente histórica, por ejemplo sobre el liderazgo militar y las relaciones sociales. ¿Cuál es la naturaleza del poder en estos grupos? ¿Qué grado institucional alcanzan los jefes guerreros del occidente hispano? ¿De qué otros testimonios disponemos para aprehender la fuerte jerarquización y los lazos de dependencia personal?

Las informaciones literaria y arqueológica coinciden en señalar la existencia de una acusada diferenciación social en las poblaciones de la Protohistoria Final. A la cabeza suele situarse una jefatura o elite aristocrática de acentuado carácter guerrero, especialmente en los siglos IV-II a.C., que, no en vano, va evolucionando y transformándose con el tiempo en virtud de procesos internos y de acon-

²² El del “ladrón noble” es un rostro repetido en la historia social y en la literatura, ayer y hoy. Probablemente el caso más familiar es el de Robin Hood, a partir del cual pueden sintetizarse los rasgos definitorios de este particular tipo de bandido o rebelde de magnánimos ideales: “the *image* of the noble robber, which defines both his social role and his relationship with the common peasants. His role is that of the champion, the righter of wrongs, the bringer of justice and social equity. His relation with the peasants is that of total solidarity and identity. The *image* reflects both” (Hobsbawn, 1985: 42).

tecimientos externos tan relevantes como la incursión de cartagineses y romanos por el interior peninsular. El contrapunto a este sector privilegiado es una masa de gente empobrecida y sin recursos, dispuesta en los niveles más bajos de la sociedad, que cabe relacionar con prácticas supuestamente marginales, al menos bajo el prisma ideológico clásico, como el bandolerismo, el mercenariado y la prestación de servicios en el extranjero; costumbres que llamaron poderosamente la atención de los historiadores antiguos y sobre las que se han vertido chorros de tinta²³.

En las necrópolis, las sepulturas con distinto grado de monumentalidad, ajuar y riqueza, dan cuenta de algunas pautas sociales y de los objetos materiales asociables a determinados grupos sociales, por ejemplo la presencia de conjuntos de armas en las sepulturas de mayor nivel que anuncian a las elites rectoras recubiertas de una aureola guerrera (*vide infra*). Los textos greco-latinos, por su parte, se refieren desde finales del siglo III a.C. y sobre todo en la centuria siguiente a una serie de dignatarios del ámbito occidental en lucha frente a la expansión romana. Entre el conglomerado lusitano-vetón se citan los nombres de Hilerno²⁴, Púnico²⁵, César²⁶, Cauceno²⁷, Taútal²⁸..., aparte de Viriato. Desde el punto de vista institucional, las fuentes los titulan con términos como *dux*, *imperator*, ἡγεμῶν δυνάστης²⁹; apelativos que dejan entrever una categoría superior a la de simples magistraturas temporales y electivas pero que, sin embargo, no parecen alcanzar la distinción de soberanía propia de los *reges* y *reguli* del espacio ibérico-turdetano³⁰. En suma, sin ser demasiado explícitos los textos nos acercan al destaca-

²³ Para un cotejo bibliográfico del "bandolerismo lusitano" nos remitimos a la nota 4 (Parte I). Personalmente creemos que estos fenómenos equivalen a la percepción clásica de una serie de conductas muy difíciles de descifrar. Es cierto que constituyen una reacción al desajuste social existente, con base en circunstancias internas (medioambientales, económicas) y externas (el avance de púnicos y romanos hacia el interior). Pero no dejan de ser movimientos culturales, mal comprendidos por los escritores antiguos, que lejos de la marginalidad pudieran tocar de lleno con dinámicas aristocráticas, por ejemplo usos políticos y guerreros de carácter diplomático.

²⁴ Jefe del ejército mixto de vetones, vacceos y celtíberos que lucha frente a las tropas romanas en las inmediaciones de *Toletum* en el 193 a.C.; fue hecho prisionero por el pretor Marco Fulvio (Liv. 35.7.8). Se desconoce a cuál de estas entidades étnicas pertenecía.

²⁵ Uno de los grandes líderes lusitanos que hostiga repetidas veces en los años 155-154 a.C. a los romanos y a sus aliados meridionales asaltando sus territorios. En alguna de sus rapiñas colaboraron grupos de vetones (App. *Hisp.* 56).

²⁶ Sucede en la jefatura militar al anterior cuando fallece al ser golpeado por una piedra. Entró en combate con el general romano Mumio, y tras ser derrotado se dio a la fuga (App. *Hisp.* 56).

²⁷ Otro caudillo lusitano que en esos mismos años, tras tomar *Conistorgis* en territorio de los cuneos, cruza con sus tropas el Estrecho y asedia el norte de África, protagonizando cercos como el de *Ocila* (App. *Hisp.* 57).

²⁸ Último general lusitano, elegido sucesor de Viriato tras su asesinato en el 139 a.C. Se entrega a Cepión, pactando la rendición, y pone punto final a la guerra lusitana. Diodoro de Sicilia le denomina Taútamo (D.S. 12.33.1.4).

²⁹ Así al menos para Viriato, cuyo estatuto político se anuncia bajo estos vocablos (Gundel, 1968: 191-181; López Melero, 1988: *passim*; García Quintela, 1993: 121-122; 1999: 214).

³⁰ La cuestión terminológica puede llevar a equívoco ya que no están claras las diferencias conceptuales entre lo que una fuente llama *dux* y otra (o la misma en diferente ocasión) *rex* o *regulus*. ¿Identifican lo mismo o intentan establecer jerarquías observadas? Para avanzar en este sentido

miento socio-político de un puñado de figuras revestidas de poder guerrero: sus dotes y tenacidad les hacen encumbrarse en posiciones de liderazgo. No es de extrañar que los historiadores clásicos subrayen el componente militar de estos personajes dado que la información procede esencialmente del tiempo de conquista, lo cual suscita la familiaridad de tal semblante entre otras reducciones implícitas. Sin embargo, cabe presumir que el poder de estas figuras no es exclusivamente bélico sino que en muchos casos estas jefaturas, limitadas en mayor o menor grado por las competencias de otros miembros pertenecientes a clanes nobiliarios o por órganos políticos oligárquicos (consejo de notables, asambleas ciudadanas más extensas), controlan igualmente las bases económicas. Esto les permite tener acceso restringido a los excedentes productivos. Al tiempo, se apropian de símbolos e imágenes de autoridad con el fin de legitimar su dominio, haciendo uso cuando es necesario de estrategias de manipulación ideológica sobre la población³¹.

Del recurso alegórico de Viriato redistribuyendo entre los suyos se desprende, acaso también, la sensación de un ordenamiento social profundamente regulado.

habría que realizar un seguimiento del uso de determinados vocablos en el conjunto de la obra de uno o varios autores. Sobre jefaturas y figuras de poder en la Iberia prerromana: Caro Baroja (1971), López Domech (1986-87), Alvar (1990), Ciprés (1993: *passim*), Muñiz (1994a: 285-289; 1994b), Pitiillas (1997) y Coll/Garcés (1998). Ya se ha indicado que García Quintela (1993; 1999) se inclina a pensar que la jefatura de Viriato podría equivaler a una autoridad soberana emparentada con el modelo de realeza indoeuropea.

³¹ Ideas sobre la génesis del poder en sociedades de jefatura desarrolladas en extensión por T. Earle (1997) con razón de ser en tres casos de estudio: la región danesa de Thy en la Prehistoria (2300-1300 a.C.), la isla hawaiana de Kaua'i (800-1824) y el valle altoandino del Mantoro en Perú (500-1534). Si bien se habla de equilibrio, interdependencia y simultaneidad entre las distintas fuentes de poder (económico, militar e ideológico), el autor acaba por dar ligera primacía al elemento económico como base a partir de la cual fundar un sistema socio-político: "by controlling the production and distribution of staples and prestige goods, chiefs invest surplus so as to control military might and ideological right. To the degree that leaders control staple production that supports warriors and priests and control the specialized manufactured of their weapons and symbolic objects, military intimidation and religious sanctity belong to the rulers" (Earle, 1997: 207). De nuevo, el control de la producción por parte del jefe y, particularmente, su papel redistribuidor resultan claves: "The flow of things through the economy is like an irrigation system. Tapped from natural flows, the water is diverted through built channels to water fields of choice. To the degree that the chiefs builds and controls the flow, he determines what flourishes and what perishes. Chiefly control over critical nodes of distribution in the material flows of the economy translates into control over the many fields of political action" (Earle, 1997: 204). En el fondo estamos ante el mecanismo que la antropología utiliza para explicar el nacimiento de la jefatura a partir del afianzamiento de un individuo redistribuidor: "La gestión de los excedentes de cosecha, que en parte seguía recibiendo para su consumo en festines comunales y otras empresas de la comunidad, tales como expediciones comerciales y bélicas, bastaban para legitimar su rango. De forma creciente, este rango era considerado por la gente como un cargo, un deber sagrado transmitido de una generación a otra con arreglo a normas de sucesión hereditaria. El gran hombre se habría convertido en jefe, y sus dominios ya no se limitaban a una sola aldea autónoma de pequeño tamaño sino que formaba una gran comunidad política, la jefatura" (Harris, 1996: 37). Aplicado al binomio "mercancías venidas de economía de guerra" - "líder socio-político regulador", la propuesta es perfectamente asignable, creemos, al Viriato literario y -en un plano más pragmático y anónimo- a la estampa de los grandes jefes guerreros de la Lusitania prerromana, salvando las distancias.

Para un acercamiento a la idea de poder y autoridad bajo los auspicios de la antropología social, *vide* también Barnes (1988) y, de muy reciente aparición, Cheater (1999) y Skalnik (1999).

Esto se aviene con otras señales de jerarquía y dependencia que conocemos para la Hispania anterromana y que, en cualquier caso, acrecientan la evidencia de estar ante agrupamientos sociales cada más verticales y articulados, que además se desenvuelven en una atmósfera ritual de complejidad creciente. Por no citar más que tres hábitos suficientemente testimoniados, piénsese en:

1) Las clientelas militares de *devotii* que surgen alrededor de una figura central, a quien consagran fidelidad de por vida hasta el punto de llegar a morir por él³²; tal costumbre llamó la atención de los clásicos, que la reseñan como idiosincrasia del guerrero hispano (Val. Max. 2.6.11; D.S. 52.20.2; Str. 3.4.18; Serv. Ad. Georg. 4.218; Plu. Sert. 14.5-6; Caes. B.C. 3.22; App. B.C. 1.112). Un eco de lo mismo puede verse en los funerales del propio Viriato (D.S. 31.21a; App. Hisp. 74-75; Liv. perioch. 54), donde doscientas parejas de lusitanos luchan en combates singulares en honor del líder asesinado³³, a quien presumiblemente se hallaban vinculados clientelaramente.

2) El *hospitium* indígena (D.S. 5.34.1; Val. Máx. 3.2.21) que tiende a evolucionar hacia fórmulas de vinculación personal próximas al modelo del *patronatus* romano³⁴. Aunque esto es perceptible durante la conquista y en función de los intereses políticos de Roma sobre los nuevos territorios anexionados, el viraje de la hospitalidad (y de otras instituciones similares que no se han conservado) hacia compromisos de sumisión personal debe tener un arranque anterior explicable en el proceso de formación y consolidación de las aristocracias guerreras en los últimos siglos antes del cambio de Era.

3) Los banquetes o fiestas de mérito que incluyen el intercambio de regalos de prestigio y la destrucción deliberada de riqueza como prerrogativa máxima de rango y autoridad en actos de exhibición desmedida y de reafirmación social (esto es, la ceremonia del *Potlatch* descubierta por la etnografía), entre otros ritos de competitividad social tan del gusto de las elites dirigentes³⁵.

³² Sobre la *devotio* ibérica, Ramos Loscertales (1924), Rodríguez Adrados (1946), Prieto (1978), Ciprés (1993: 126-129) y Dopico (1994).

³³ Sobre los *ludi funebres* en la Hispania prerromana, Blázquez/Montero (1993).

³⁴ Avanzado inicialmente por Ramos Loscertales (1942) y ampliado con posterioridad en Salinas (1983), Mangas (1983), Dopico (1988: 17-46; 1989), Etienne *et alii* (1987) y Ciprés (1993: 122-124).

³⁵ Aspecto sin constatación directa en nuestro marco geográfico, si bien existen ciertas huellas arqueológicas (repertorios cerámicos, despojos alimenticios, asadores, parrillas, trípodes y otros útiles asociados al fuego que recuerdan los restos de un festín; objetos exuberantes que pueden tomarse como regalos de prestigio: cinturones y corazas de lujo, armas singulares, calderos, braserillos, jarros, joyas...) que podrían sopesarse en este sentido. Contrariamente está bien documentado en el mundo galo gracias al conocido relato de Posidonio (en Ath. Symp. 4.36) a propósito de las costumbres convivales de los guerreros auvernos: "(...) los celtas en ocasiones durante sus festines pelean entre sí en combates singulares: excitados y armados, no dudan en entablar luchas figuradas y acaban golpeándose los unos contra los otros, algunas veces se producen heridas e incluso, alterados por ello y si los espectadores no les detienen, llegan a matarse. Nos cuenta también (Posidonio) que a la hora de presentar los asados, el más fuerte se llevaba la mejor tajada. Pero si alguien se oponía, se levantaban para combatir en duelo singular hasta morir. Otros, en lugares de ceremonia,

En esta relación cabe traer a colación otra tesis que se está barajando en nuestros días pero que sin embargo todavía no se ha comprobado definitivamente: ¿las descripciones que nos han llegado sobre las técnicas guerreras y la estructura militar de los lusitanos podrían reflejar en realidad un bosquejo de su organización social? Exprimiéndolas al máximo e intentando contrapesar las lagunas y juicios de valor de la historiografía clásica, las noticias de Estrabón³⁶ y Diodoro³⁷ permitirían deducir como mucho una actividad guerrera compleja y, verosímilmente, jerarquizada entre los lusitanos, distinguiéndose al menos dos tipos de combatientes: 1) la “caballería” –probablemente no antes del siglo III a.C.–, una minoría de guerreros de élite armados con panoplias pesadas; y 2) la “infantería” como cuerpo social extenso, a quien corresponde un armamento más ligero (*vide infra*). Poco más. Resulta tentador tomar estas pistas como directrices a partir de las cuales entender el entramado social de las comunidades de la Iberia prerromana³⁸, pero por el momento parece difícil arribar a conclusiones de mayor alcance. En cualquier caso, la viabilidad de este tipo de análisis pasa necesariamente por el examen de los datos arqueológicos, más concretamente por la valoración a fondo (tipología, secuencia cronológica, combinaciones estadísticas de elementos y equipos de armas, estimaciones de riqueza y rango, interpretación histórico-cultural...) de las denominadas “tumbas de guerrero”, aquellas que documentan armas formando parte del ajuar funerario. Sin duda ésta es una atractiva vía a potenciar en el futuro por la investigación.

habiendo recibido plata u oro, y algunos de entre ellos un número determinado de vasos de vino, y habiendo hecho testificar la donación y habiéndolo repartido como regalos a sus amigos y parientes, se echaban boca arriba, acostados sobre sus escudos para que uno de los asistentes les cortara el cuello con una espada”.

A este respecto, para la Galia: Tierney (1960), Feuvrier-Prévotat (1978), Lewuillon (1993) y Cunliffe (1997: 105-107); para la Hispania indoeuropea: García Moreno (1993: 331-336); y para los círculos de poder de la Iberia meridional: Quesada (1994; 1995) y Domínguez Monedero (1995).

³⁶ Str. (3.3.6): “Dicen de los lusitanos que son hábiles en las emboscadas y exploraciones, vivos, llevan armamento ligero, y son expertos en las maniobras. Tienen un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante y sujeto por correas porque no lleva abrazaderas ni asas, y portan además un puñal o cuchillo. La mayoría viste cotas de lino; son raros los que las usan de mallas y cascos de tres penachos, y los demás cascos de nervios. Los de a pie llevan grebas y varios venablos cada uno. Algunos usan también lanzas, cuyas puntas son de bronce” (traducción de Meana/Piñero, 1992: 83-84).

Str. (3.4.15): “Los iberos eran, por así decirlo, todos pelastas y de armamento ligero debido a su vida de bandidaje, como dijimos de los lusitanos, y usaban venablo, honda y puñal” (traducción de Meana/Piñero, 1992: 106).

³⁷ D.S. (5.34.4-5): “(los lusitanos) Para la guerra llevan escudos muy pequeños, tejidos de nervios, con los cuales y gracias a su dureza pueden defender su cuerpo holgadamente. En su lucha lo manejan con destreza, moviéndolo a uno y otro lado del cuerpo y rechazando con habilidad todos los tiros que caen sobre ellos. Usan también picas hechas enteramente de hierro y con la punta a modo de arpón y llevan casco y espada muy parecida a la de los celtíberos. Lanzan sus picas con precisión y a larga distancia y causan a menudo heridas muy graves. Son ágiles en sus movimientos y ligeros en la carrera, por ello huyen o persiguen con rapidez” (traducción de García y Bellido, 1945).

³⁸ Cuatro tentativas preliminares en esta línea son: Ciprés (1993: 104, 147, 162) para el ámbito celtíbero-lusitano, García Quintela (1999: 280-282) para el noroeste, Álvarez Sanchís (1999: 299) para el vetón, y Alvar (1999) para el ibérico.

Existe un último dato de gran valor rescatable de las crónicas de Viriato repartiendo riquezas, insinuado ya líneas atrás: la manipulación que de los tesoros adquiridos hace un jefe como estrategia de adhesión de clientes y garantía de fidelidad y disciplina en sus ejércitos, a la sazón caracterizados por su heterogeneidad (App. *Hisp.* 75). De nuevo un aspecto que ensambla las piezas que dan forma a nuestro particular puzzle: riqueza económica (expolios de guerra), gestión del líder (Viriato, caudillo redistributivo) y diálogo social (proyección de líneas de subordinación desde la cima del poder). En efecto, las fuentes reiteran que Viriato distinguía y obsequiaba a sus partidarios con magníficos presentes (D.S. 33.1.3 y 5; 33.21a). A pesar de la parquedad textual³⁹, enseguida se nos viene a la mente el valor simbólico del regalo y la articulación de relaciones sociales y de medidas de captación de poder mediante el mecanismo del don y el contra-don⁴⁰, que tanto éxito ha tenido en el discurso antropológico y que tanto auxilio ha prestado como modelo explicativo a prehistoriadores e historiadores de la Antigüedad.

Diremos rápidamente que el regalo, en tanto instrumento cultural, se convierte en referencia de un compromiso entre individuos o grupos y, por tanto, es un precioso elemento para calibrar relaciones sociales. El ensayo pionero de M. Mauss sigue siendo de referencia obligada para el estudio de la forma y función del intercambio de dádivas, habiéndose profundizado a partir de él en el significado de la reciprocidad⁴¹. El interés estriba en comprender que el don crea obligaciones sociales: entregar un regalo exige una respuesta a cambio. Así la contraprestación (material o personal, sea esta última de tipo laboral o militar) se convierte en condición *sine qua non* y en instrumento para crear vínculos den-

³⁹ En la que sigue habiendo lugar para el revestimiento estoico y ejemplar con que los autores griegos presentan al lusitano, ahora en lo tocante al valor material de las cosas. Un claro ejemplo se encuentra en la reflexión que Viriato dirige el día de su boda a su suegro Astolpas, al contemplar las lujosas alhajas del banquete (¿tal vez una fiesta de mérito –y de emulación suntuaria– más, característica de los círculos aristocráticos indígenas?):

D.S. (33.7.1): “Y de las muchas cosas que con gran tino dijo, en una sola respuesta dejó el contenido de muchas sentencias sobre la ingratitud a los bienhechores y la imprudencia de construir grandes esperanzas sobre los inestables bienes de la fortuna; y principalmente que estas famosas riquezas de su suegro estaban sometidas al que tuviese la lanza; y, por tanto, que más bien a él se le debía gratitud, pues nada le daban siendo él el dueño de todo” (traducción de Schulten, 1937: 329).

⁴⁰ Así lo ha visto P. Ciprés en la sociedad celtibérica: “A aquellos que disponían de un séquito la guerra, en general, les permitía obtener los recursos económicos necesarios con los que poder asegurar su servicio. En el caso del jefe militar su prestigio estaba determinado por su papel como redistribuidor del botín obtenido, si bien el retrato de algunos de los generales más importantes parece estar sujeto a estereotipos; en ellos siempre la justicia en el reparto y la generosidad son algunas de las características fundamentales que las fuentes le atribuyen. Recíprocamente la comunidad aporta de forma individualizada o particular bienes al jefe, que suponen el reconocimiento de su superioridad y que se conceden en la seguridad de que a cambio se obtendrán otros beneficios. De esta forma, en lo poco que podemos observar, vemos cómo se constituye un mecanismo de distribución de los recursos” (Ciprés, 1993: 134, 166).

⁴¹ *Vide* Mauss (1971) y, como revisión de sus postulados y reapertura del debate, las últimas contribuciones al tema de H. van Wees (1998) y M. Godelier (1999). Sobre el valor social de los objetos, Douglas/Isherwood (1979), Appadurai (1986) y Gosden/Marshall (1999).

tro de un marco de intercambio jerarquizado. La obligación en este sentido es triple: dar, recibir y actuar recíprocamente. Asociada a la entrega del regalo hay una gama de expresiones sociales y de formas de comunicación de no poca importancia, que ya han sido aludidas al hablar de los grupos de poder de la Iberia indígena: generosidad sin límites, búsqueda competitiva de estatus y prestigio (regalar más es una manera de mostrar la superioridad de uno), hospitalidad, fiestas y banquetes nobiliarios, consumo de vino y otras bebidas y viandas de acceso restringido, ideal caballeresco, partidas de caza, luchas singulares y demás ceremonias rituales, formación de cuadrillas de fieles y clientes... En general la *economía del regalo* se identifica con unos fines políticos determinados y por tanto con grupos aristocráticos, ámbitos principescos o sociedades de jefatura compleja, como fueron las comunidades de la Edad del Hierro Final (Lewuillon, 1993; Sánchez Moreno, 1998: 581-584, 697-707; Muñiz, 1998). En estos ambientes, armas de parada excepcionales, pertrechos del enemigo, trofeos guerreros, torques áureos y otros adornos, calderos de bronce, cerámicas de lujo y vajilla asociada al vino, briosos corceles e incluso mujeres en exogamia, debieron intercambiarse y regalarse como bienes de prestigio en una circulación selectiva y clientelar, tal como los textos que hemos revisado sobre Viriato ponen de manifiesto en su particular código ético⁴². Acumular el mayor número de estas preciadas mercancías se traduce en una extensión de vínculos de interdependencia con otros individuos y, por ende, se convierte en una hábil manera de consolidar el rango socio-político de los *poseedores*. Más aún si estas piezas son de naturaleza exótica (caso de los botines procedentes de empresas militares realizadas en escenarios remotos)⁴³, lo cual incrementa su excepcionalidad (Harris, 1996: 30-31).

⁴² En un contexto posterior y con un cambio en la cabeza protagonista, la relación de dependencia personal que lusitanos y celtíberos manifiestan hacia Sertorio se articula simbólicamente mediante el juego de regalos. Presentes que el romano daba a los peninsulares (cascos y escudos ricamente decorados, se nos dice) y que eran correspondidos por otros ofrecidos por los indígenas o por su entrega fiel hasta la muerte (Plu. *Sert.* 11.4). Las fuentes contienen otros ejemplos donde la entrega de obsequios se manobra como política de atracción. Así, en el 206 a.C. Escipión galardona a los reyezuelos hispanos, haciendo entrega a Indíbil de 300 caballos (Liv. 27.19.1) y agasajando a un joven indígena con un anillo y una fíbula de oro, una túnica laticlava, un puñal y un caballo enjaezado (Liv. 27.19.12). Volviendo al ciclo viriático, Audax, Ditalcón y Minuro asesinan en el 139 a.C. a su compañero y líder después de acceder al soborno de Cepión, que les promete grandes dávidas una vez consumada la traición (App. *Hisp.* 74).

⁴³ La posesión material de lo exótico y las connotaciones simbólicas implícitas en las gestas llevadas a cabo en tierras lejanas (lo que supone atisbar nuevos horizontes y tener acceso a conocimientos ajenos), obran fuertemente de cara a la acentuación del poder político. El éxito militar en el extranjero además de enriquecimiento directo, aporta a los jefes guerreros regresados un referente de prestigio en sus comunidades locales, del cual se sirven para intensificar relaciones de dominio, incluso ideológicamente. En este sentido tiene su interés recordar que Viriato despliega sus teatros de operaciones en distintos frentes separados por notable distancia: Beturia, Turdetania, Carpetania, Celtiberia... También los vetones muestran un carácter móvil en sus acciones guerreras y diplomáticas, que alcanzan puntos de Carpetania, Turdetania, Oretania y quizá Contestania (Sánchez Moreno, 2000: 216-223). Sobre el poder que manifiesta la apropiación de ideas, técnicas y usos inéditos derivados de exploraciones y viajes a larga distancia, véase la sugestiva aproximación de Helms (1988).

VII. UNA OTEADA AL REGISTRO FUNERARIO: AJUARES GUERREROS Y JERARQUIZACIÓN SOCIAL EN LA MESETA OCCIDENTAL

Muy brevemente vamos a prestar atención al panorama funerario del occidente peninsular en la Edad del Hierro con el objeto de cotejar algunas de las ideas expresadas hasta aquí. El primer apunte es poner de manifiesto la relativa escasez de información y la subjetividad innata a la hora de interpretar sociológicamente los depósitos funerarios en los que hay patente una carga simbólica de muy difícil –por no decir imposible– percepción. De entrada se desconoce prácticamente todo sobre el mundo funerario del noroeste, no existiendo evidencia alguna de enterramiento en tierras de galaicos, astures ni lusitanos septentrionales. Los testimonios más occidentales documentados son las necrópolis de cremación correspondientes a los círculos vetón y vacceo en un marco cronológico que tiene su mayor expresividad, *grosso modo*, en los siglos IV-III a.C., aunque se empiezan a formar algo antes y su uso se mantiene en ocasiones hasta los siglos II-I a.C. La posibilidad de contar con un cúmulo importante de datos sobre estos dos ámbitos, especialmente en la antigua *Vettonia*, que además han sido valorados en conjunto muy recientemente en un par de monografías dedicadas a este pueblo⁴⁴, hace que tomemos el repertorio funerario vetón como guía de referencia.

Los cementerios vetones son de envergadura considerable, tanto por el número de tumbas de algunos sitios, cuanto por la dispersión de éstas sobre amplias áreas que pocas veces han sido excavadas en su totalidad. Esto explica uno de los rasgos más característicos: la disposición de las sepulturas en distintos sectores separados por espacios estériles. Tal fenómeno responde a patrones espaciales y confiesa conductas socio-familiares; muy probablemente muestre el reflejo *post mortem* de unidades gentilicias o familiares, que parecen constituir el sistema de agrupamiento tradicional entre estas gentes. A nivel individual el modelo de enterramiento es bastante uniforme: un pequeño hoyo excavado a poca profundidad en el que reposa la urna cineraria y el resto de elementos de ajuar, que aunque habituales no siempre hacen acto de presencia. Los depósitos funerarios acostumbran a sellarse con tierra y lajas de piedra y sólo esporádicamente se recurre a su singularización exterior erigiéndose algún tipo de estructura tumular. Estos encachados pétreos albergan generalmente varios enterramientos, pero a veces sólo cobijan uno o incluso pueden carecer de sepultura, como sugieren ciertos cenotafios o tumbas simbólicas del sector I de la necrópolis de La Osera; alrededor de los mismos la concentración de tumbas suele ser una constante. La conexión de estas estructuras tumulares con la élite social no sólo viene corroborada en el hecho de que estas construcciones son elementos de prestigio *per se*, sino también en que bajo las mismas se exhuman por regla general el mayor

⁴⁴ Nos remitimos a estas dos síntesis donde se reúne y enjuicia toda la información conocida, que además nos exime de detallar ahora la bibliografía anterior: Álvarez Sanchís (1999: 169-198, 295-303) y Sánchez Moreno (2000: 89-105, 235-240).

número de objetos arqueológicos y los de mayor riqueza. En este sentido, buena parte de las tumbas de guerrero más sobresalientes descansan bajo túmulos y empedrados.

Los ajuares de las necrópolis vetonas son, en efecto, altamente significativos. En primer lugar porque su distribución no es homogénea (cuadro 1): en unos lugares están presentes en el 15% de los enterramientos (Las Cogotas), en otros en el 30% (El Romazal I), el 50% (La Osera), mientras que hay necrópolis (El Raso, El Mercadillo, Las Ruedas) que contabilizan ajuar en aproximadamente el 80% de los casos, que como ya se ha dicho no siempre corresponden a la suma total de sepulturas. Todo lo cual lleva ineludiblemente a hablar de distintos grados de riqueza y, en consecuencia, de una sociedad desigual o jerarquizada. Además ha de advertirse que en cada uno de los sectores funerarios que conforman una necrópolis se detecta una disimetría en los ajuares (desde unos pocos muy ricos hasta una mayoría con exiguos elementos o carentes de ajuar; figs. 9-10), de lo que puede colegirse la existencia de desigualdades internas en cada una de las asociaciones familiares que ocupan espacios determinados. Elementos de ajuar son, además de la propia urna funeraria, una variedad de recipientes cerámicos y, con mayor expresión social, armas (espadas, lanzas, puñales, escudos, corazas, tahalíes...), arreos de caballo y adornos variados (arracadas, anillos, fíbulas, alfileres, pinzas, cuentas de collar de pasta vítrea...); igualmente pueden incluirse objetos más cotidianos, como herramientas (punzones, hoces...) y útiles domésticos (fusayolas) y/o rituales (calderos, tenazas, asadores, parrillas, trébedes, timaterios...).

Contrastando la categoría y el número de estos enseres con la estructura de las tumbas y con indicios rastreables en las fuentes literarias, se han llevado a cabo análisis cuantitativos que intentan aproximar lecturas sociales a propósito de las gentes enterradas. Sin duda no representan la totalidad de la sociedad toda vez que la deposición funeraria en necrópolis colectivas tiene un carácter selectivo⁴⁵, limitado probablemente a los individuos de pleno derecho. La mayoría de estos ensayos se han practicado sobre los cementerios abulenses de Las Cogotas y La Osera, los que ofrecen un muestrario más completo⁴⁶ (figs. 9-10).

⁴⁵ Súmese la eventualidad de otras prácticas funerarias sin registro arqueológico: la *expositio* de guerreros caídos en combate para ser descarnados por aves, lo que acreditan Silio Itálico (*Pun.* 3.340-343) para los celtíberos y Eliano (*De Nat. An.* 10.22) para los vacceos, además de varios testimonios iconográficos; o el arrojamiento de cuerpos y cenizas a ríos y lagos, ritos reconocidos en otras culturas atlánticas e indoeuropeas.

⁴⁶ Así, Martín Valls (1985: 121-123), González-Tablas (1985), Castro Martínez (1986), Kurtz (1987) y Sánchez Moreno (1996). Aun con apreciaciones particulares, estos estudios perfilan una sociedad jerarquizada en cuatro niveles (figs. 9-10): a la cabeza un puñado de grandes jercas militares o caballeros arropados por un cuerpo de guerreros más extenso (armado con equipos sencillos o incompletos), un grupo de artesanos, comerciantes y especialistas mal identificado arqueológicamente y, por debajo, el grueso de gente humilde a quien cabe atribuir las sepulturas sin ajuar, bien con sólo urna cineraria o bien cremaciones depositadas directamente en el suelo, lo propio de los rangos inferiores, tal vez siervos. A este abanico habría que añadir un grupo de enterramientos femeninos, en los que resulta más difícil precisar categorías sociales por la menor expresividad de los materiales

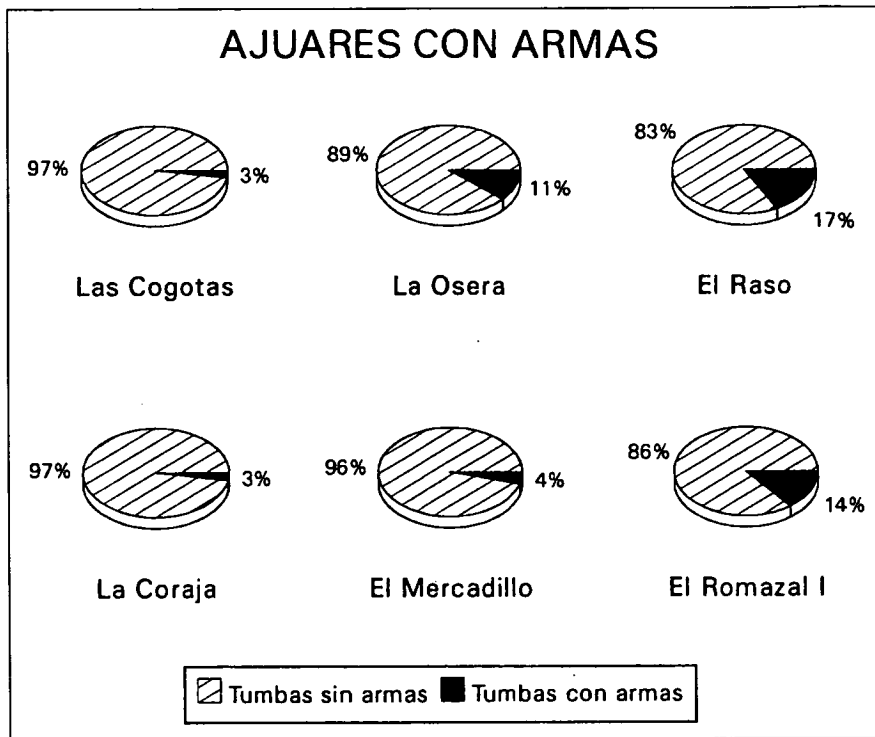


FIG. 1. Ajuares con armas en las necrópolis vetonas respecto al total de tumbas excavadas y publicadas (Álvarez Sanchís, 1999: 177, fig. 70).

El armamento es, sin duda alguna, un principio de distinción social, amén de emblema de estatus y autoridad. Éste se recupera en número variable según los cementerios, pero generalmente en una proporción reducida de tumbas (cuadro 1; fig. 1): el 3% en Las Cogotas y La Coraja, en torno al 15% en El Raso y El Romazal I, entre un 15 y un 26% en los distintos sectores de La Osera, un 35% en el cementerio vacceo de Las Ruedas y hasta un 64% en Los Castillejos de la Orden, en el límite de los territorios lusitano y vetón; si bien en estos dos

asociados. Los nuevos datos que se están ofreciendo sobre el cementerio de La Osera (Chamartín, Ávila) resultan muy indicativos. Según los mismos y en lo que respecta a la cúspide social, habría un reducido número de linajes militares que hacen uso de los túmulos más sobresalientes, cuyas tumbas contienen panoplias completas, atalajes de caballo y otros artículos de prestigio, y con los cuales hay que relacionar las estructuras cenotáficas o "espacios de honor"; además, la contigüidad de ciertos depósitos podría señalar relaciones de parentesco e incluso un carácter hereditario en la transmisión de poder y estatus. Sería el caso de los túmulos con enterramientos superpuestos: después de sellados, se reabrían para acoger sepulturas de otros miembros del linaje (Baquedano/Martín Escorza, 1997).

Para la relación sociedad-arqueología de la muerte, *vide* las indicaciones de Ruiz Zapatero/Chapa (1990: 364-369) y las aplicaciones de Quesada (1993) en necrópolis ibéricas.

últimos escenarios las áreas excavadas deben corresponder al espacio funerario de personajes socialmente destacados dado el elevado porcentaje de tumbas de guerrero. Conviene precisar que la cantidad y calidad de las armas tampoco es uniforme: numéricamente lo más acostumbrado es la aparición de una o dos lanzas, mientras que las panoplias más completas, las de la élite guerrera (aquellas que incluyen espada o puñal, escudo y un par de jabalinas, acompañándose en ocasiones de bocados de caballo y otras piezas relevantes), suelen ser más esporádicas⁴⁷.

Cuadro 1. *Relación de sepulturas con ajuar y sepulturas con armas sobre el total de enterramientos exhumados en necrópolis de la Edad del Hierro Final del Occidente Peninsular*⁴⁸.

| Necrópolis | Pueblo Cronología | Tumbas | Sepulturas con ajuar | | Sepulturas con armas | |
|--|----------------------------|--------|-------------------------|-------------------|-------------------------|-------------------|
| | | | c. abso- lutas | c. rela- tivas | c. abso- lutas | c. rela- tivas |
| <i>El Raso (Candeleda, Ávila)</i> | Vetones | | | | | |
| Sector El Arenal A-C | fines s. V- | 64 | 52 | 81% | 12 | 19% |
| Sector Las Guijas B | inicios s. III a.C. | 34 | 31 | 92% | 5 | 15% |
| <i>La Trasguija/Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)</i> | Vetones ss. IV-III a.C. | 1.447 | 224 | 15% | 41 | 2,8% |

⁴⁷ En su excelente disección, Álvarez Sanchís (1999: 177) distingue siete combinaciones o equipos militares diferentes en los cementerios vetones, de los cuales los más frecuentes son los números 1 (una o dos lanzas) y 2 (espada o puñal, escudo y pareja de lanzas) (fig. 2). Martín Valls (1985: 121) ya había catalogado cuatro sub-categorías dentro de los ajuares guerreros, por orden jerárquico: 1) los conjuntos suntuarios, con ejemplares de gran calidad profusamente decorados, 2) los que contienen arcos de caballo, 3) las panoplias completas con armas más sencillas, y 4) las deposiciones con tan sólo uno o dos elementos. Por otra parte, hay que diferenciar dos momentos principales en la secuencia cronológico-cultural del armamento vetón (fig. 3): Fase I (fines s. V a.C.-fines s. IV a.C.), de la que son características la espada de antenas atrofiadas (sobre todo la modalidad Alcácer do Sal), la espada de frontón, la falcata, el cuchillo afalcatado, la lanza con larga punta de nervio central, el *soliferreum*, el escudo troncocónico tipo Alpanseque y con más restricción, cinturones y discos-coraza, un elenco de piezas que señalan un notorio influjo ibérico-meridional (Álvarez Sanchís, 1999: 180-187) (figs. 4-6); Fase II (fines s. IV a.C.-fines s. III a.C.), definida por el mantenimiento de los equipos en general, en los que se van introduciendo, no obstante, novedades como son la preponderancia de la espada de antenas atrofiadas tipo Arcóbriga, la tendencia a reducir la longitud de las armas, la irrupción del puñal (variantes Monte Bernorio, de frontón y doble globular) y el incremento de arcos de caballo (sobre todo bocados de anilla) (Álvarez Sanchís, 1999: 187-194) (figs. 7-8).

⁴⁸ Algunas matizaciones con relación a la cuantificación del cuadro. En el sector Las Guijas B de El Raso el número total de enterramientos es 53, pero sólo 34 son susceptibles de análisis; en La Trasguija, el total de tumbas es 1.613, de las que únicamente 1.447 pueden computarse para este tipo de estimaciones. De La Osera, sólo se ha publicado íntegramente la zona VI, contándose con referencias parciales de la zona I; precisamente no contabilizamos los 17 túmulos sin enterramiento tenidos por cenotafios registrados en esta zona I. Por último, los datos de las necrópolis cacereñas de Alcántara y, sobre todo, de La Coraja son sumamente imprecisos; en absoluto se refieren a la totalidad de la superficie cementerial sino a ciertas áreas sólo parcialmente sondeadas. Las cifras han sido sistematizadas a partir de los estudios emprendidos directamente sobre estos cementerios: El Raso (Fernández Gómez, 1986: 529-877; 1997; Sánchez Moreno, 1996) La Trasguija/Las Cogotas

Cuadro 1. *Relación de sepulturas con ajuar y sepulturas con armas sobre el total de enterramientos exhumados en necrópolis de la Edad del Hierro Final del Occidente Peninsular (cont.).*

| Necrópolis | Pueblo Cronología | Tumbas | Sepulturas con ajuar | | Sepulturas con armas | |
|---|---------------------------------|--------|-------------------------|-------------------|-------------------------|-------------------|
| | | | c. abso- lutas | c. rela- tivas | c. abso- lutas | c. rela- tivas |
| <i>La Osera (Chamartín, Ávila)</i> | | | | | | |
| zona I | | 252 | 131 | 52% | 66 | 26,5% |
| zona II | | 174 | ? | ? | 26 | 15% |
| zona III | Vetones | 231 | ? | ? | 60 | 26% |
| zona IV | s. IV-fin s. III a.C. | 231 | ? | ? | 34 | 15% |
| zona V | | 800 | ? | ? | ? | ? |
| zona VI | | 517 | 250 | 48% | 65 | 12,5% |
| <i>El Mercadillo (Botija, Cáceres)</i> | | | | | | |
| | Vetones s. IV a.C. | 46 | 36 | 78% | 2 | 4% |
| <i>El Romazal I (Botija, Cáceres)</i> | | | | | | |
| | Vetones (?) ss. II-I a.C. | 272 | 80 | 30% | 39 | 14% |
| <i>La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres)</i> | | | | | | |
| Sector excavado | Vetones ss. IV-II a.C. | 70 | ? | ? | 2 | 3% |
| <i>Los Castillejos de la Orden (Alcántara, Cáceres)</i> | | | | | | |
| Sector A | Lusitanos ss. IV-III a.C. | 15 | 14 | 93% | 9 | 64% |
| <i>Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid)</i> | | | | | | |
| Sector excavado | Vacceos inicios s. IV-I d.C. | 77 | 61 | 80% | 27 | 35% |

A tenor del aval informativo disponible, la estructura social de la Iberia occidental en las postrimerías del 1^{er} milenio a.C. puede esquematizarse en un patrón piramidal sustentado sobre dos puntales: a) una minoría aristocrática y guerrera, a la que cabe imaginar aventajada económica y políticamente, en el vértice, y, en la base, b) un dilatado cuerpo poblacional en situación de inferioridad.

El punto de partida es remarcar la discriminación de un grupo restringido que hace alarde de riqueza material en el espacio mortuorio. El ajuar no es exclusivo del mismo, pues está presente en distinto grado en otras sepulturas, pero sí tienden a serlo los elementos relacionados con el caballo y, sobre todo, las armas; si no todas, sí los equipos completos y las muestras más espectaculares. En

(Cabré, 1932; Kurtz, 1987), La Osera (Cabré *et alii*, 1950; Baquedano/Martín Escorza, 1997), El Mercadillo (Hernández/Galán, 1996), El Romazal I (Hernández, 1993; Hernández/Galán, 1996: 112-121), La Coraja (Esteban, 1993: 71-82), Los Castillejos de la Orden (Esteban *et alii*, 1988) y Las Ruedas (Sanz, 1998).

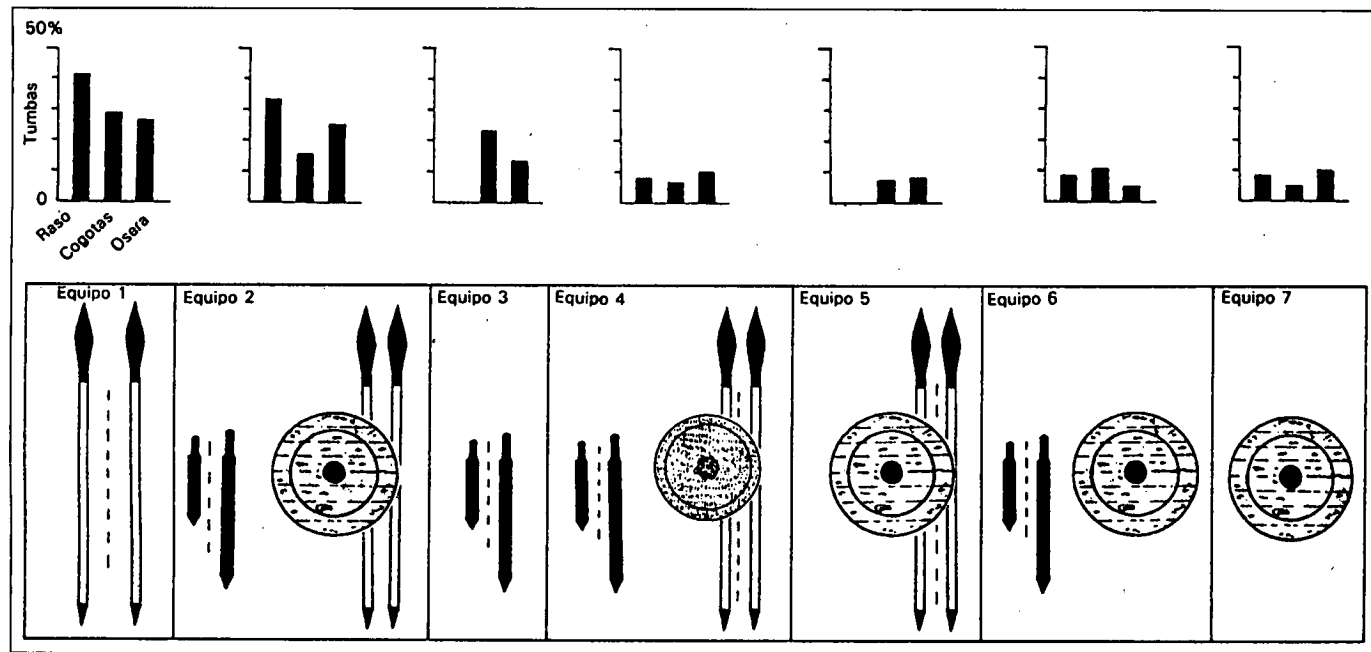


FIG. 2. Equipos militares de las necrópolis vetonas a partir de los datos proporcionados por los cementerios de El Raso, Las Cogotas y La Osera (zona VI). Los diagramas ofrecen los porcentajes respecto al total de tumbas con armamento (Álvarez Sanchís, 1999: 178, fig. 71).

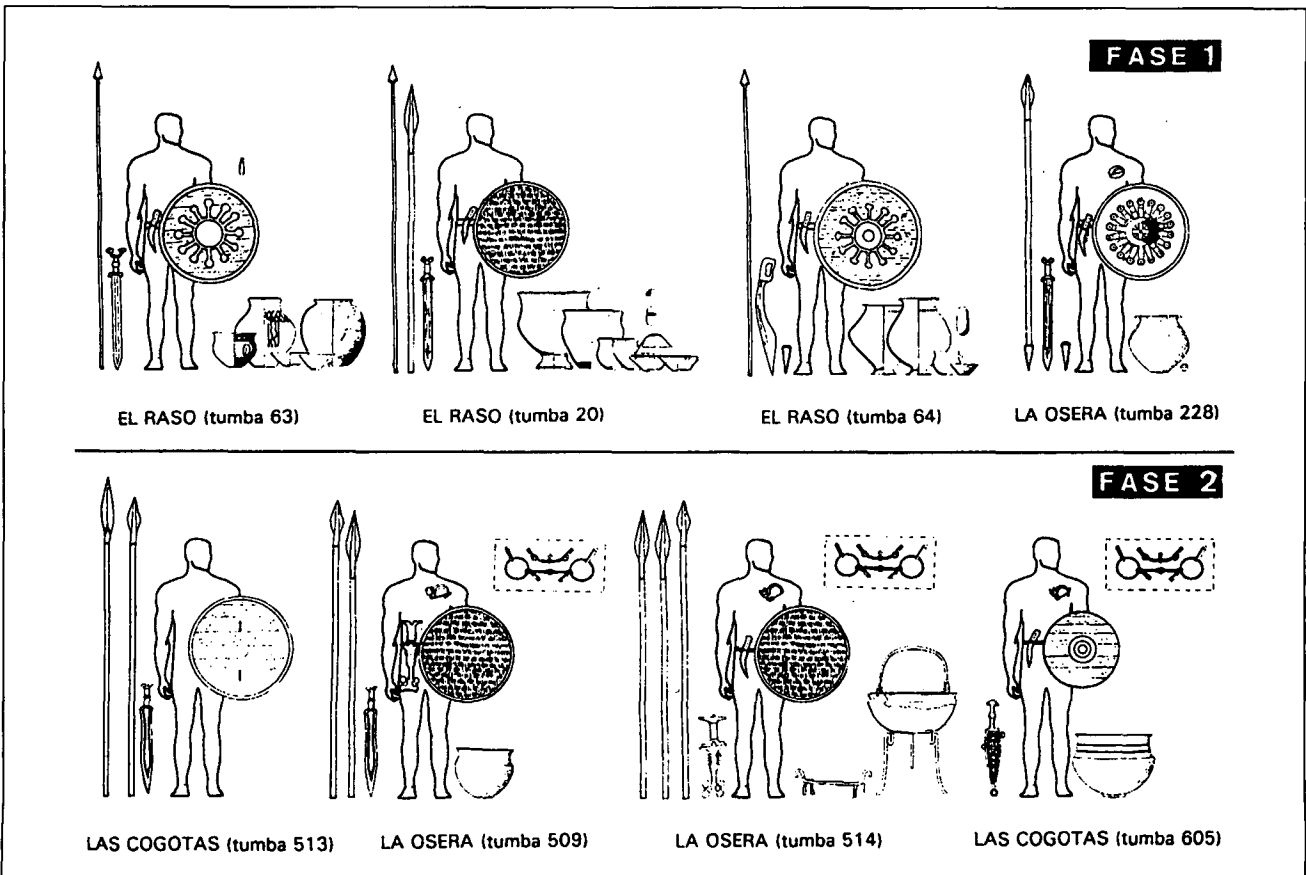


Fig. 3. Equipos militares representativos de las fases I y II en las necrópolis vetonas (Alvarez Sanchis, 1999: 195, fig. 78).

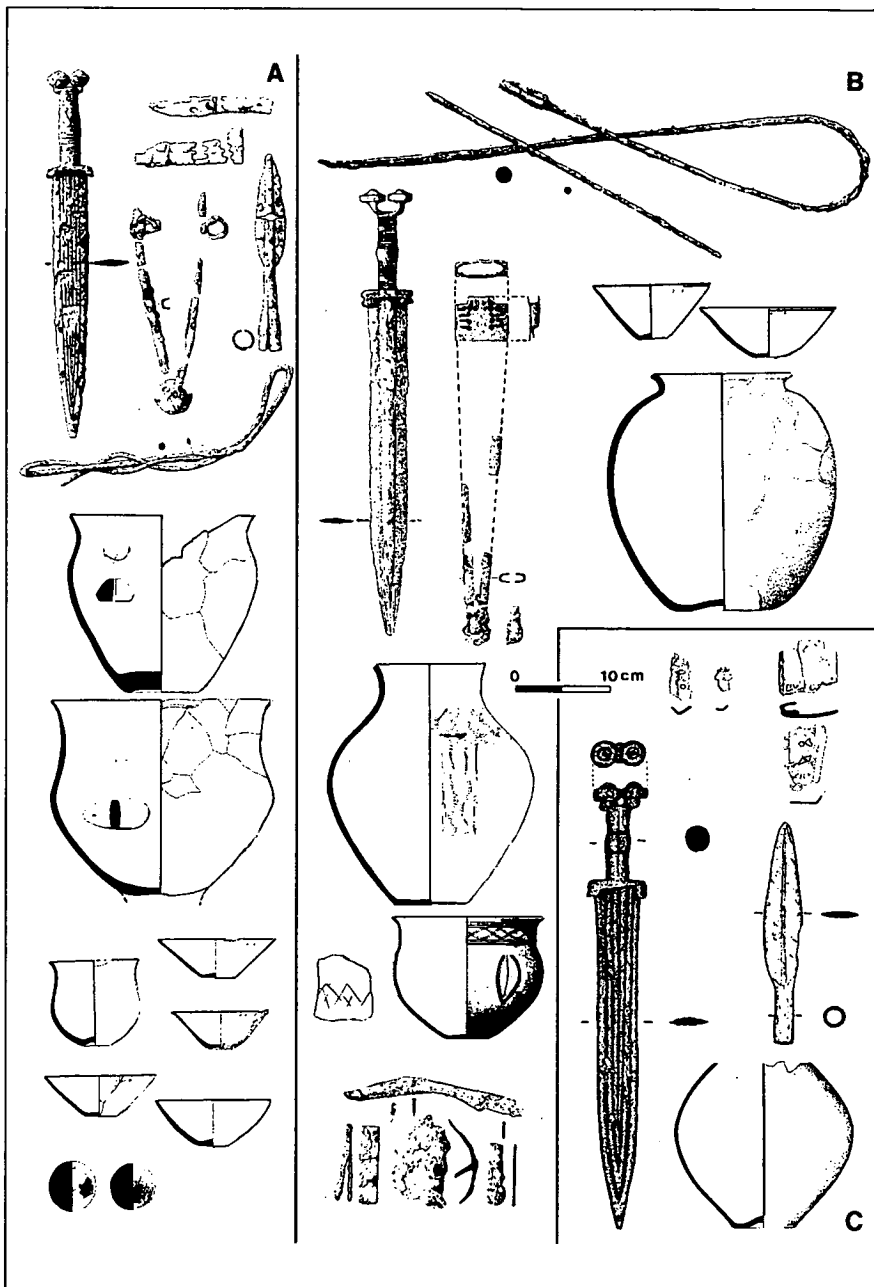


FIG. 4. Fase I del armamento de las necrópolis de la Meseta occidental: A. El Raso (tumba 20); B. El Raso (tumba 63); C. Los Castillejos de la Orden (tumba 12) (Álvarez Sanchís, 1999: 181, fig. 72).

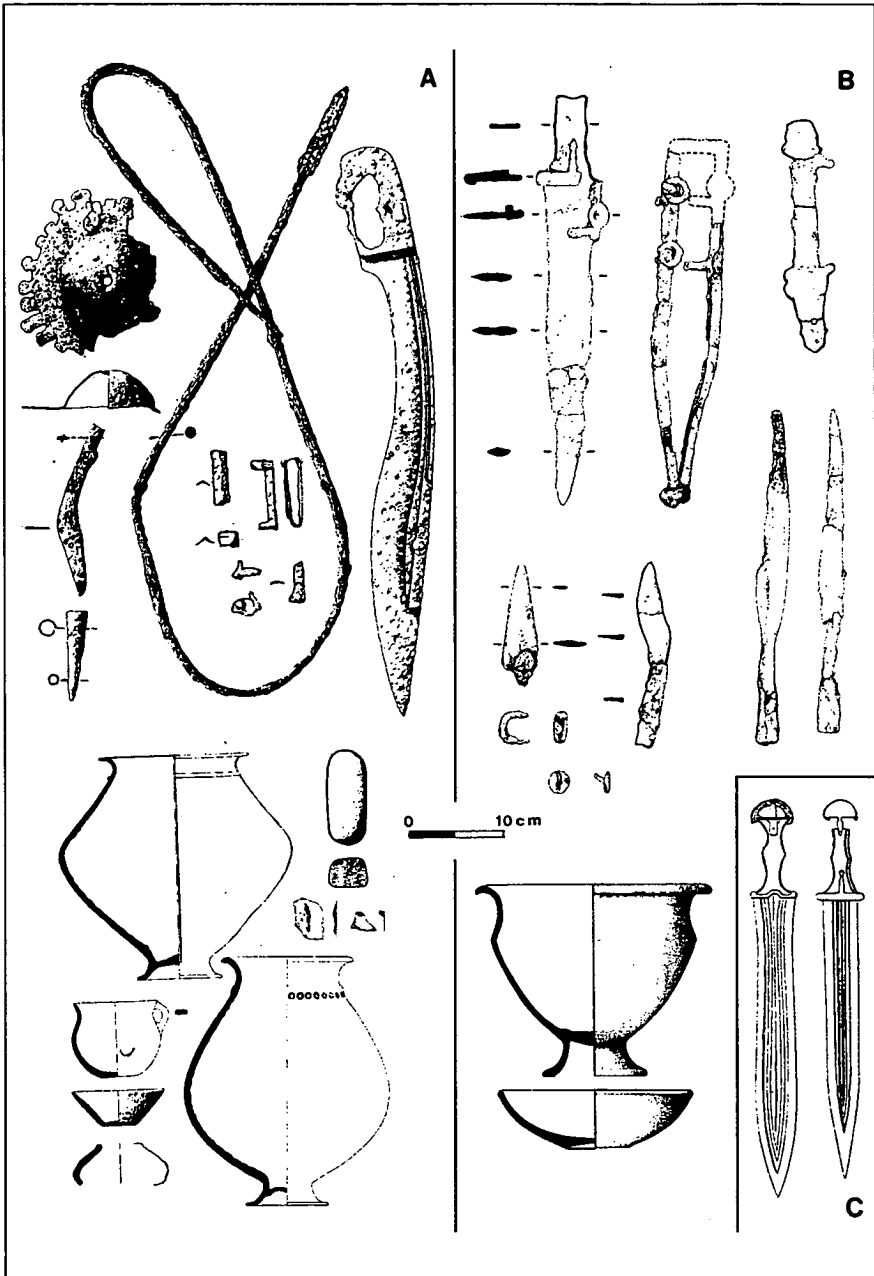


FIG. 5. Fase I del armamento de las necrópolis de la Meseta occidental: A. El Raso (tumba 64); B. Los Castillejos de la Orden (B, tumba 1); C. La Osera (Álvarez Sanchís, 1999: 183, fig. 73).

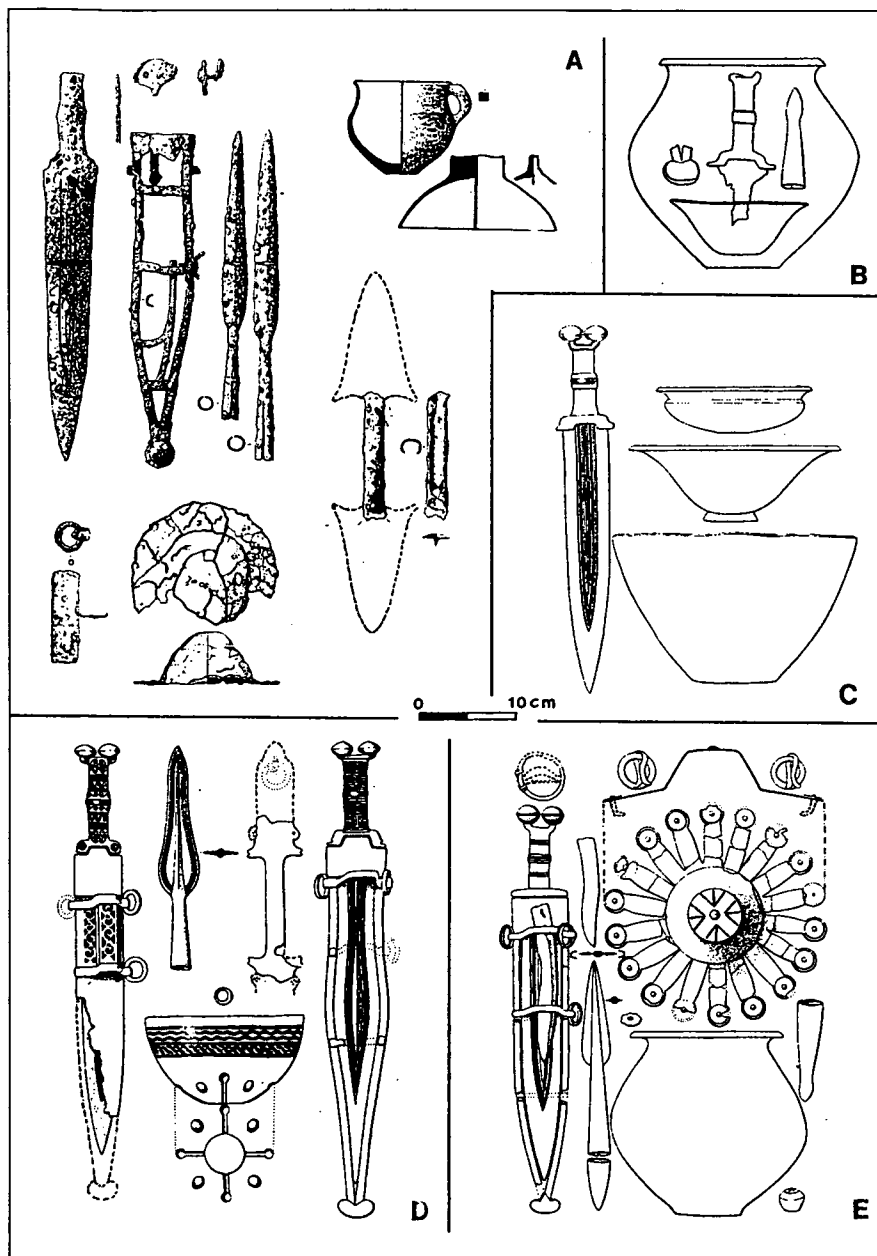


FIG. 6. Fase I del armamento de las necrópolis de la Meseta occidental: A. El Raso (tumba 13); B. La Osera (zona VI, tumba 338); C. La Osera (zona VI, tumba 417); D. La Osera (zona VI, tumba 200); E. La Osera (zona VI, tumba 228) (Álvarez Sanchís, 1999: 185, fig. 74).

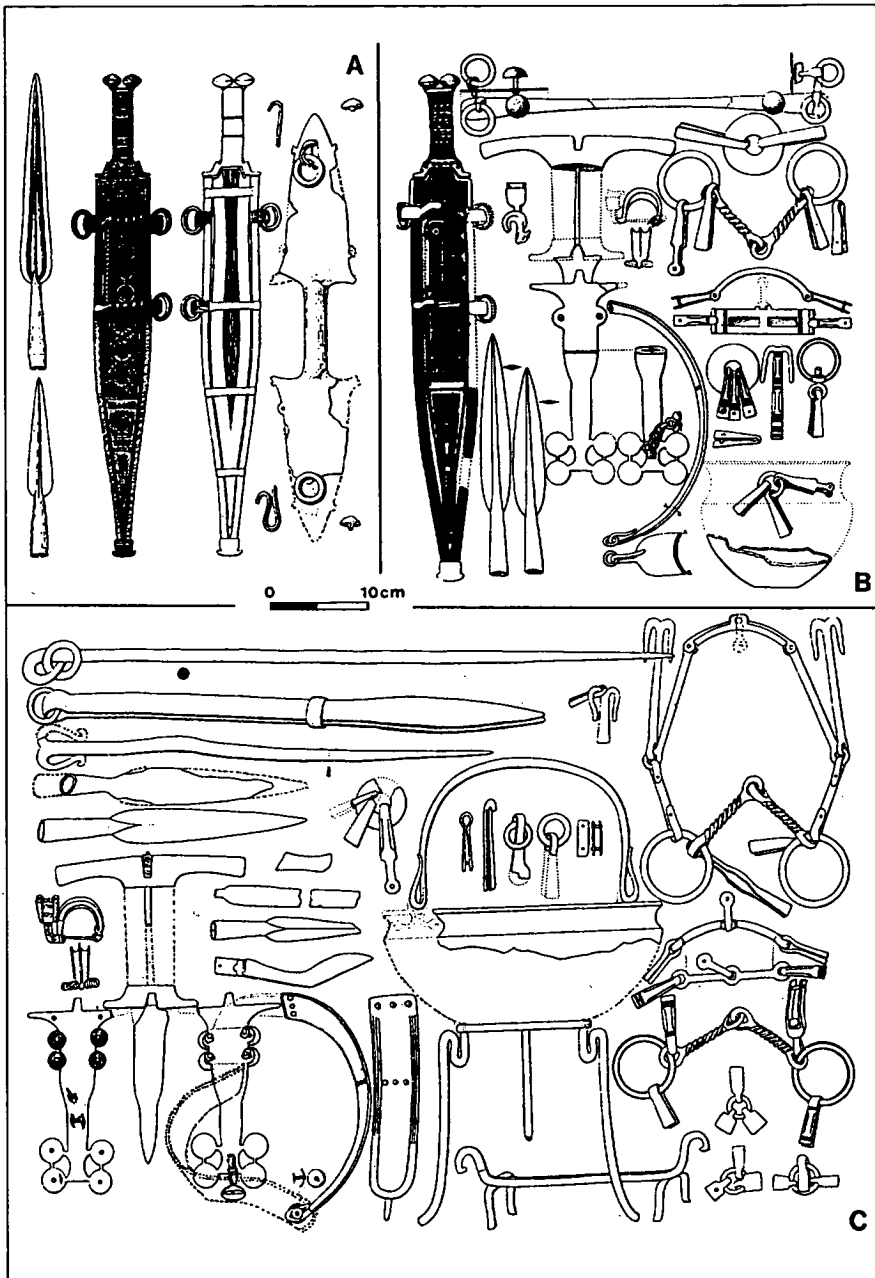


FIG. 7. Fase II del armamento de las necrópolis de la Meseta occidental: A. Las Cogotas (tumba 513); B. La Osera (zona VI, tumba 514); C. La Osera (zona VI, tumba 514) (Álvarez Sanchís, 1999: 188, fig. 75).

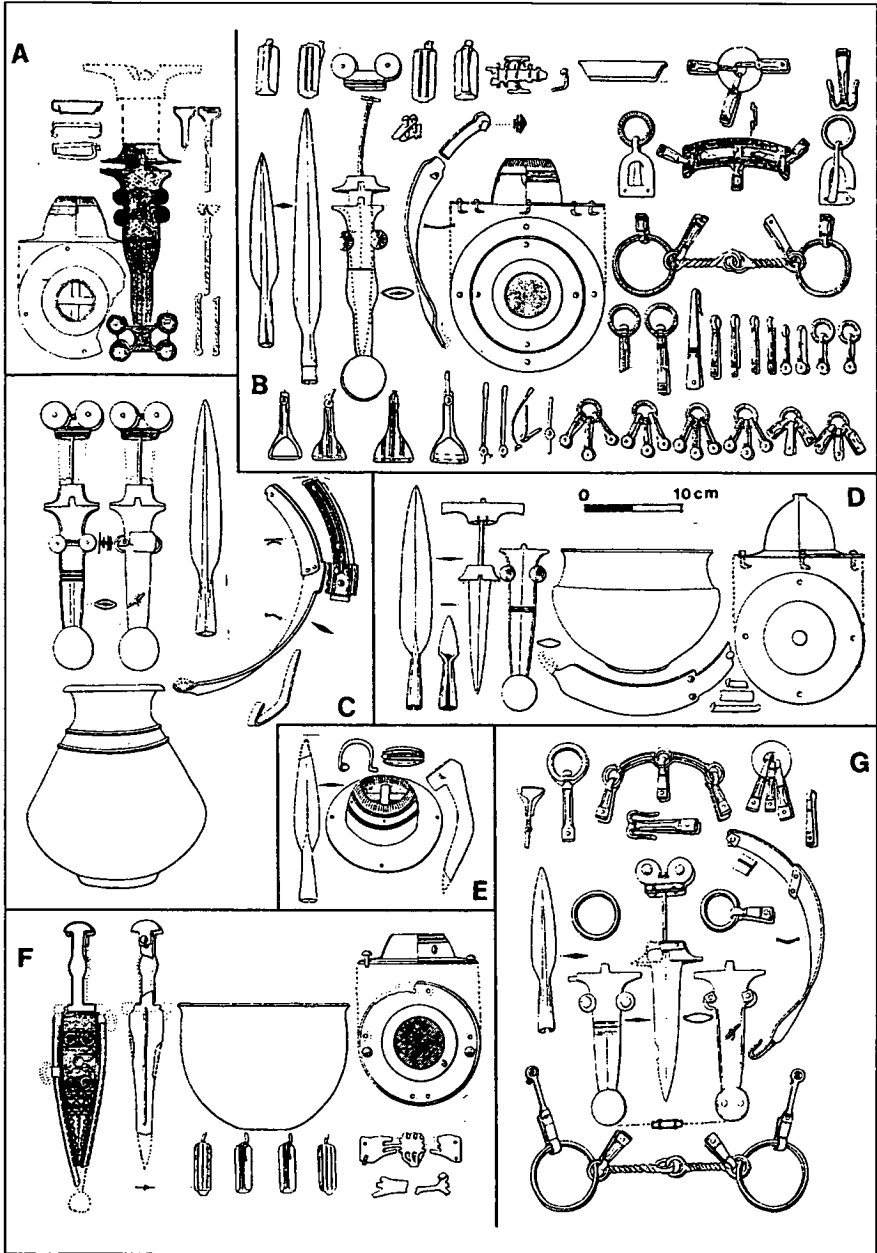


FIG. 8. Fase II del armamento de las necrópolis de la Meseta occidental: A. Las Cogotas (tumba 418); B. Las Cogotas (tumba 288); C. Las Cogotas (tumba 1.304); D. Las Cogotas (tumba 1.359); E. La Osera (zona VI, tumba 477); F. Las Cogotas (tumba 1.354); G. Las Cogotas (tumba 287) (Álvarez Sanchís, 1999: 191, fig. 76).

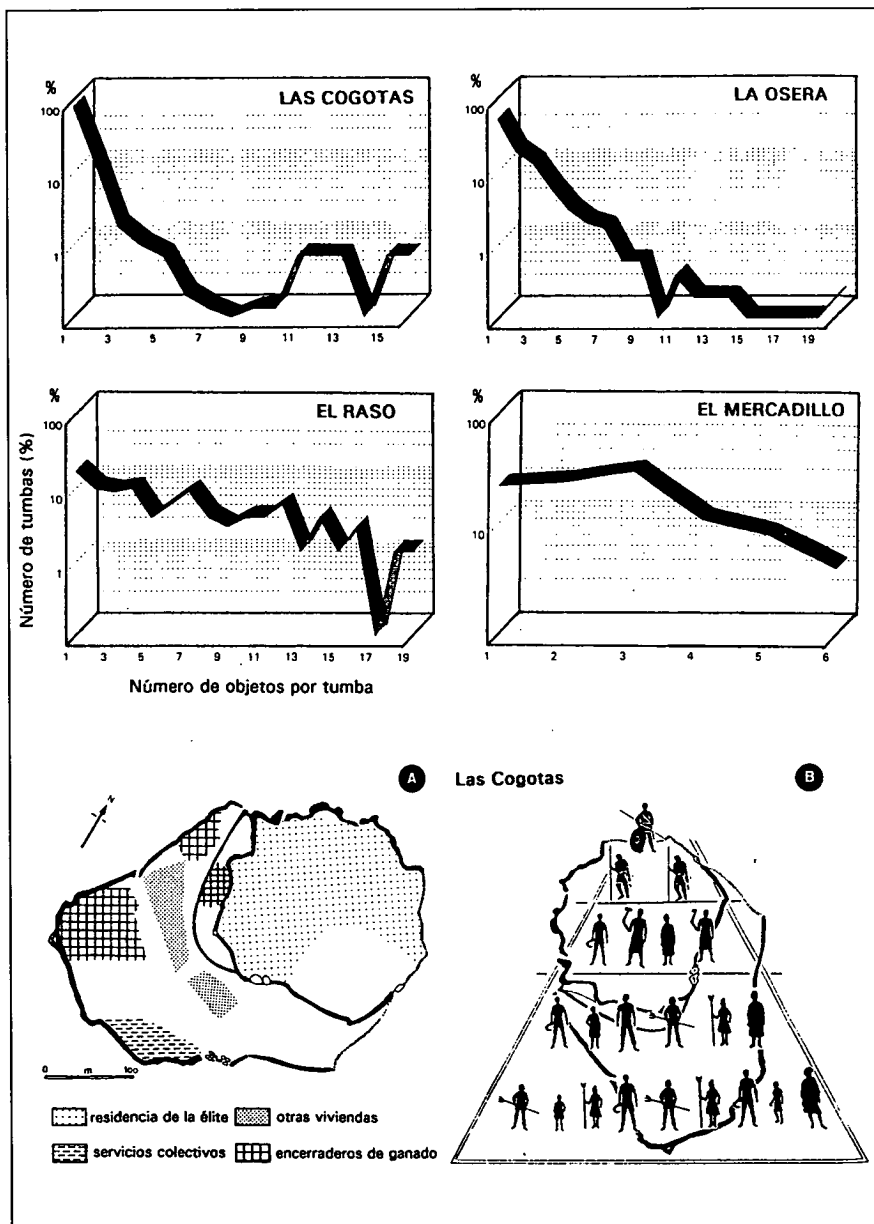


FIG. 9. Arriba: distribución de los ajueros en las tumbas de las necrópolis de Las Cogotas, La Osera (zona VI), El Raso y El Mercadillo, contabilizando el número de objetos de cada enterramiento. Abajo: áreas de actividad en Las Cogotas y estructura piramidal de la comunidad a partir de la interpretación de los enterramientos (Álvarez Sanchís, 1999: 300, fig. 133).

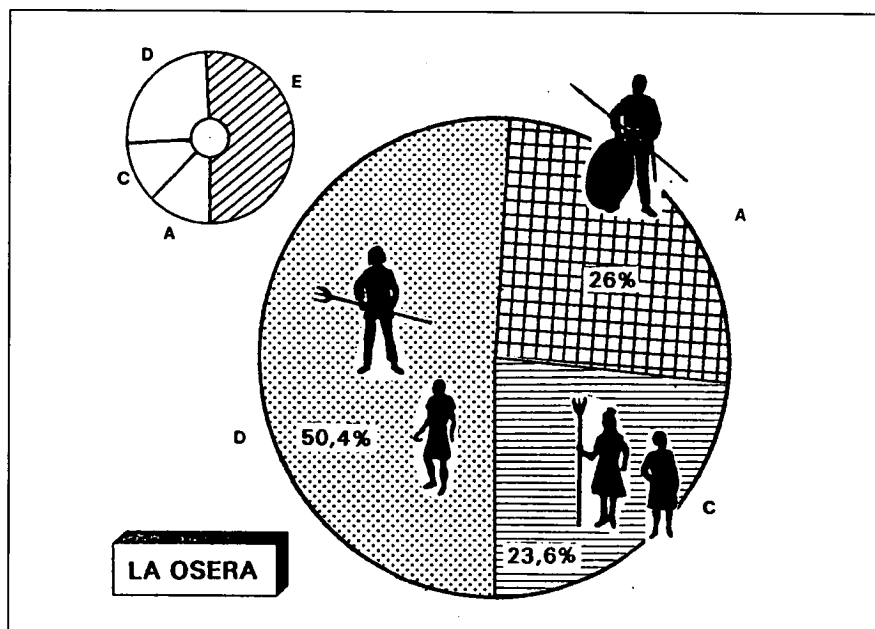
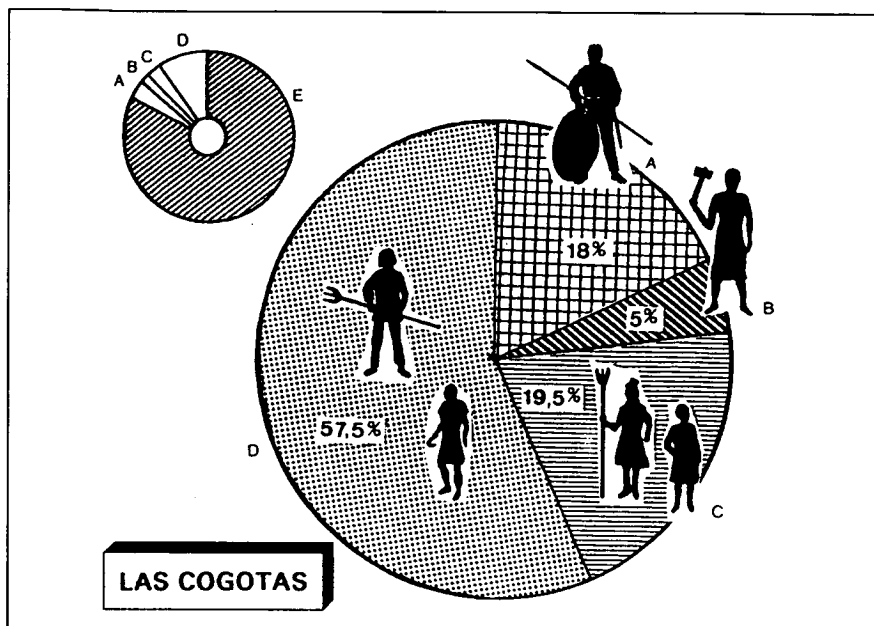


FIG. 10. Distribución gráfica, según categorías sociales, de los ajuares de las necrópolis de Las Cogotas y de la zona VI de la necrópolis de La Osera: A- guerreros, B- artesanos, C- mujeres, D- otros y E- tumbas sin ajuar (Álvarez Sanchís, 1999: 298, fig. 132).

la medida que declara la posición privilegiada y la autoridad de ciertos individuos, el armamento ofrendado en las tumbas se revela con un significado más simbólico (pero selectivo) que real, sin desautorizar su empleo *de facto* en circunstancias necesarias⁴⁹. No es fácil integrar los porcentajes de las diversas necrópolis para determinar el baremo medio de este sector aventajado: las particularidades de cada una, la relatividad estadística a la hora de valorar poblaciones globales y las variaciones en el número de depósitos funerarios, en la alineación de los ajuares y en el uso cronológico de los cementerios, plantean trabas difícilmente superables. Pese a ello —y asumiendo la provisionalidad del diagnóstico—, este grupo supondría aproximadamente el 15-20% de cada comunidad. Parece factible discernir en él un subsector ciertamente reducido de individuos, acaso un 5-10% sobre el total. Serían éstos los linajes propietarios de tumbas con estructuras fuera de lo común (túmulos y empedrados); los dinastas que se entierran con panoplias singulares exhibiendo armas de parada; la elite ecuestre que hace del caballo un atributo más de su poder⁵⁰; los líderes (¿jefes redistributivos?) con quienes vincular determinados artículos de lujo y bienes de prestigio no pocas veces de naturaleza exótica⁵¹ y que nos anuncian cómo las relaciones con el exterior (guerreras o pacíficas) son otra fuente inestimable de poder. En suma, los jefes militares engrandecidos por los muchos semblantes de la guerra (y no sólo por la guerra), a los que nos hemos atrevido a alojar en la *parábola* de Viriato.

Secundando a estos jefes supremos se articula una capa de familiares, fieles o clientes en buena posición socio-económica que tal vez podamos aprehender

⁴⁹ Vide nota 13 (Parte I).

⁵⁰ Al respecto, Sánchez Moreno (1995-96), Almagro Gorbea (1996: 116-128; 1997: 217-220; 1998: 112-113), Quesada (1997) y Almagro Gorbea/Torres (1999); independientemente de que se trate sólo de "caballeros aristócratas" o de verdaderos *equites* en el sentido de conformar ya cuerpos militares de jinetes. La proporción teórica jinete/infante con base en la documentación arqueológica se ha fijado en 1/4 en Las Cogotas y en 1/6 en La Osera (Álvarez Sanchís, 1999: 299).

⁵¹ Substancialmente de origen meridional: falcatas y espadas de frontón, discos-coraza, cinturones ibéricos, recipientes metálicos rituales, cerámicas griegas, adornos de pasta vítrea...; algo que atestiguan con nitidez los cementerios abulenses de La Osera y El Raso en el siglo IV a.C. (Sánchez Moreno, 1998: 397-445, 525-538, 696-707). La pregunta es obligada: ¿cómo llegan estas importaciones singulares a tierras centro-occidentales? Entre las respuestas, una posibilidad no excluyente son los ejercicios guerrero-diplomáticos desplegados por las élites lusitano-vetonas en el exterior o en contacto con fuerzas extranjeras. No sólo actos violentos en sí (los ineludibles robos, expolios, botines y tributos que han centrado la primera parte de este artículo); también prácticas de índole benigna: acuerdos políticos, emblemas de amistad, intercambio aristocrático interregional, relaciones comerciales, etcétera.

Por otra parte es fácil caer en la tentación de, yendo sin duda demasiado lejos, intentar casar la información arqueológica y literaria. Aun asumiendo riesgos, queremos dejar patente la sensación de familiaridad o mensaje común que se obtiene al poner en paralelo aquellos depósitos funerarios que sobresalen por su ajuar nutrido y especial (armas, vajilla, instrumental ecuestre, adornos, calderos, elementos asociados con el fuego; las sepulturas 350, 390 y 514, zona VI, la 551, zona IV, la II del túmulo C, zona I, o el túmulo XXXI, todos en La Osera, por citar unos ejemplos) con el dibujo literario del jefe guerrero propietario y distribuidor de riquezas. De momento sólo una remembranza; deséchese toda pretensión de asociación directa entre testimonios de distinta clase distanciados cronológicamente en dos siglos.

como individuos de pleno derecho. A ellos cabría asignar en líneas generales las tumbas de riqueza relativa, con elementos de ajuar medio y armas más corrientes. Eso mismo podría avalar su carácter de “propietarios o individuos libres de pleno derecho”: sujetos que llegaron a acumular en vida una fortuna más o menos digna que quedaría reflejada en el equipo funerario, y que a nivel profesional compaginarían sus actividades económicas (agricultura, ganadería, metalurgia y demás industrias artesanales, comercio...) con servicios militares cuando sus jefes lo precisaran. Estas prestaciones de armas, además, bien pudieron ser recompensadas por los círculos rectores con regalos, condecoraciones y otras deferencias; a la sazón, detalles no nimios a la hora de consolidar la situación social de los ciudadanos guerreros. La trabazón entre este subconjunto y la elite de poder no está clara, pero bien puede pensarse, al socaire de las fuentes literarias y de lo argüido páginas atrás, en relaciones clientelares de *devotii* o adhesiones guerreras amoldadas a viejos hábitos indígenas. Incluso arqueológicamente algo así parecen vislumbrar ciertas áreas cementeriales donde una amalgama de sepulturas de mediana categoría se disponen y ordenan en torno a un túmulo principal en posición nuclear.

Si en lo relativo a los primeros estadios sociales hay cierta luz, no puede decirse lo mismo de la población restante. Forzando los datos podríamos entrever que en cada unidad poblacional definida (binomio poblado-necrópolis) aproximadamente el 70% de sus integrantes se incluyen en un abultado tronco social caracterizado de entrada por un nivel de riqueza reducido y por una condición social eminentemente baja. Se trata de un colectivo amplio y disperso, compuesto por agrupaciones familiares o gentilidades en proceso de descomposición interna, muy difíciles de escalonar en subgrupos específicos. En el registro funerario este segmento social vendría estandarizado en la mayoría de tumbas simples sin apenas ajuar; pero, hipotéticamente, algunos miembros podrían haber recibido un tratamiento mortuario sustitutivo, quizá por tratarse de personas sin derechos jurídicos suficientes como para ser incluidos en la comunidad y hacer uso de las necrópolis. No se sabe con certeza si la naturaleza de estas gentes humildes fue servil en su conjunto. Probablemente coexistió una población libre más o menos empobrecida con otros grupos subyugados, si bien consideramos que la expresión de esclavitud verdaderamente probada en estas sociedades prerromanas es la de prisioneros de guerra. Por lo demás, esta base social estaría dedicada a labores primarias (cuidado de los ganados, faenas agrícolas y mineras), no ya como propietarios sino presumiblemente como trabajadores dependientes; al tiempo que obligada a participar en empresas al servicio de la comunidad (construcción de obras defensivas, engrosamiento de cuadrillas guerreras, etcétera).

* * *

Diremos, como recapitulación última de ideas, que la guerra es un complejo mecanismo que entre otras cosas confiere prestigio político, promoción social e ingresos económicos. Sobre esta base los jefes guerreros son los grandes bene-

ficiarios del sistema. A ellos van a parar fundamentalmente las ganancias obtenidas en tanto líderes y valedores de la comunidad. En primer plano las recompensas mayores, por ejemplo los territorios conquistados; también la fama y autoridad inherentes al liderazgo militar exitoso... Y, por detrás de todo ello, son ellos igualmente quienes controlan y se apropian de otras mercancías móviles venidas con la guerra, caso de los botines y tributos que han acaparado nuestro interés. Las nuevas tenencias –en realidad la suma de los bienes económicos– son posteriormente distribuidas entre la población en una circulación social que recuerda el movimiento centrífugo a partir de un punto central, lo característico del patrón redistributivo. En este marco, una particular modalidad de reparto adoptada por los grupos de poder es la concesión de regalos dentro de una atmósfera de marcada jerarquización. Al fin y al cabo una manera de regular lazos de dependencia y reciprocidad en el seno de unas poblaciones en transformación y con fuertes señales de desigualdad social, tal como descubren varios pasajes de las fuentes clásicas y, explícitamente, la arqueología funeraria de la Edad del Hierro.

Todo ello ofrecía la guerra. Esta cara interna puede ser la clave que dé sentido al juicio que la acción de Viriato, circunstancial *jefe redistributivo* que ha guiado el avance de este ensayo, merece a Dión Casio (73): “En suma, no emprendía la guerra ni por avaricia, ni por amor al mando, ni por cólera, sino que la hacía por ella misma, y es por esto sobre todo que fue temido por belicoso y conocedor del arte bélico”.

BIBLIOGRAFÍA

- M. ALMAGRO GORBEA, *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (Madrid, 17 noviembre de 1996)* (Madrid 1996).
- M. ALMAGRO GORBEA, “Guerra y sociedad en la Hispania céltica”, en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (Madrid 1997) 207-221.
- M. ALMAGRO GORBEA, “*Signa Equitum* de la Hispania céltica”, *Complutum* 9 (1998) 101-115.
- M. ALMAGRO GORBEA - M. TORRES ORTIZ, *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica* (Zaragoza 1999).
- J. ALVAR EZQUERRA, “La jefatura como instrumento de análisis para el historiador: *basileia* griega y *regulos* ibéricos”, en J. ADÁNEZ *et alii* (eds.), *Espacio y organización social* (Madrid 1990) 111-126.
- J. ALVAR EZQUERRA, “Héroes ajenos: Anfibal y Viriato”, en J. ALVAR - J. M^a. BLÁZQUEZ (eds.), *Héroes y antihéroes en la Antigüedad clásica* (Madrid 1997) 137-153.
- J. ALVAR EZQUERRA, “La *syntaxis* militar ibérica”, en F. VILLAR - F. BELTRÁN (eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y culturas paleohispánicas* (Zaragoza, Marzo de 1997) (Zaragoza 1999) 57-73.
- J. R. ÁLVAREZ SANCHÍS, *Los Vettones* (Madrid 1999).
- A. APPADURAI, “Introduction: commodities and the politics of value”, en A. APPADURAI (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective* (Cambridge 1986) 3-63.

- J. ARCE MARTÍNEZ, "Introducción" al libro de A. García y Bellido, *Veinticinco estampas de la España antigua* (Madrid 1991), 5ª edición, 11-32.
- J. ARENAS LÓPEZ, *Reivindicaciones históricas. Viriato no fue portugués, sino celtíbero* (Gualajara 1900).
- J. ARENAS LÓPEZ, *La Lusitania Celtíbera* (Madrid 1907).
- R. W. BANE, "The development of Roman imperial attitudes and the Iberians wars", *Emerita*, 44 (1977) 409-420.
- I. BAQUEDANO BELTRÁN - C. MARTÍN ESCORZA, "Distribución espacial de una necrópolis de la II Edad del Hierro: la zona I de La Osera en Chamartín de la Sierra, Ávila", *Complutum*, 7 (1997) 175-194.
- B. BARNES, *The nature of power* (Cambridge 1988).
- U. J. H. BECKER, *Viriath und die Lusitanie* (Altona 1826).
- J. M^a. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ - S. MONTERO, "Ritual funerario y status social: los combates gladiatorios prerromanos en la Península Ibérica", *Veleia* 10 (1993) 71-84.
- J. CABRÉ AGUILÓ, "Excavaciones en Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). II. La Necrópolis", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* 120 (Madrid 1932).
- J. CABRÉ AGUILÓ - M^a. E. CABRÉ DE MORÁN - A. MOLINERO PÉREZ, *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)* (Madrid 1950).
- J. CARO BAROJA, "Las realeza y los reyes en la España antigua", en *Estudios sobre la España Antigua. Cuadernos de la Fundación Pastor* 17 (1971) 51-159 [Publicado también en J. CARO BAROJA, *España Antigua. Conocimiento y fantasía* (Madrid 1986) 185-223].
- P. V. CASTRO MARTÍNEZ, "Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)", *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el Micro-espacio* III (Tuel 1986) 127-138.
- P. CIPRÉS TORRES, *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea* (Vitoria 1993).
- N. COLL I PALOMAS - I. GARCÉS - I. ESTALLO, "Los últimos príncipes de occidente. Sobranos ibéricos frente a cartagineses y romanos", en C. ARANEGUI GASCÓ (ed.); *Actas del Congreso Internacional Los Iberos, príncipes de Occidente: Las estructuras del poder en la sociedad ibérica. Saguntum Extra-1* (Valencia 1998) 437-446.
- B. W. CUNLIFFE; *The Ancient Celts* (Oxford 1997).
- L. A. CURCHIN, *Roman Spain. Conquest and assimilation* (Londres-Nueva York 1991) [Traducción al castellano: *España Romana. Conquista y asimilación* (Madrid 1996)].
- A. CHEATER (ed.), *The anthropology of power. Empowerment and discupowerment in changing structures* (Londres-Nueva York 1999).
- A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, "Del simposio griego a los bárbaros bebedores: el vino en Iberia y su imagen en los autores antiguos", en S. CELESTINO PÉREZ (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente* (Madrid 1995) 23-72.
- M^a. D. DOPICO CAÍNZOS, *La Tabula Lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania* (Vitoria 1988).
- M^a. D. DOPICO CAÍNZOS, "El *hospitium* celtibérico. Un mito que se desvanece", *Latomus* 48 (1989) 19-35.
- M^a. D. DOPICO CAÍNZOS, "La *devotio* ibérica: una revisión crítica", en J. MANGAS - J. ALVAR (eds.), *Homenaje a José M^a Blázquez*, II (Madrid 1994) 181-193.
- M. DOUGLAS - B. ISHERWOOD, *The world of Goods: towards an Anthropology of Consumption* (Nueva York 1979, 2ª edición, 1996).
- S. L. DYSON, "Native revolt patterns in the Roman Empire", en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt. Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der Neueren Forschung (ANRW)*, II, Pincipat, 3 (1975) 138-175.
- T. K. EARLE, *How chiefs come to power. The political economy in Prehistory* (Stanford 1997).

- J. ESTEBAN ORTEGA, "El poblado y la necrópolis de La Coraja, Aldeacentenera, Cáceres", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana* (Mérida 1993) 55-112.
- J. ESTEBAN ORTEGA - J. L. SÁNCHEZ ABAL - J. M^a. FERNÁNDEZ CORRALES, *La necrópolis del Castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)* (Cáceres 1988).
- R. ETIENNE - P. LE ROUX - A. TRANOY, "La tessera hospitalis, instrument de sociabilité et de romanisation dans la Péninsule Ibérique", en F. THELAMON (ed.), *Sociabilité, pouvoirs et société. Actes du colloque de Rouen (Noviembre, 1983)* (Rouen 1987) 323-336.
- F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (Ávila), I y II* (Ávila 1986).
- F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *La necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso" (Candeleda, Ávila). "Las Guijas, B". Arqueología en Castilla y León. Memorias 4* (Zamora 1997)
- C. FEUVRIER-PRÉVOTAT, "Échanges et sociétés en Gaule indépendante: à propos d'un texte de Poseidonios d'Apamée", *Ktéma* 3 (1978) 243-259.
- J. DE FRANCISCO MARTÍN, *Conquista y romanización de Lusitania* (Salamanca 1989, 2^a edición, 1996).
- J. M. GARCÍA, "Viriato: uma realidade entre o mito e história", *Prelo* 9 (1985) 59-70.
- L. A. GARCÍA MORENO, "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano", en *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua (Santiago, 1986)* II (Santiago de Compostela 1988) 373-382.
- L. A. GARCÍA MORENO, "La Hispania anterior a nuestra Era: verdad, ficción y prejuicio en la Historiografía antigua y moderna", en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. III (Madrid 1989) 17-43.
- L. A. GARCÍA MORENO, "Organización sociopolítica de los Celtas en la Península Ibérica", en M. ALMAGRO GORBEA (Dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa* (Madrid 1993) 327-355.
- M. V. GARCÍA QUINTELA, "Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea", *Polis* 5 (1993) 111-138.
- M. V. GARCÍA QUINTELA, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana, III* (Madrid 1999).
- A. GARCÍA Y BELLIDO, "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma", *Hispania* 21 (1945) 547-604. [Reditado en A.A.V.V., *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua* (Madrid 1977) 13-60].
- M. GODELIER, *The enigma of the gif* (Cambridge 1999).
- F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Apiano: Sobre Iberia y Aníbal* (Madrid 1993).
- F. J. GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, "La necrópolis de Trasguija: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas", *Norba* 6 (1985) 43-51.
- C. GOSDEN - Y. MARSHALL, "The cultural biography of objects", en Y. MARSHALL - C. GOSDEN (eds.), *The cultural biography of objects. World Archaeology* (Londres 1999) 31 (2) 169-178.
- A. GUERRA - C. FABIÃO, "Viriato: genealogia de um mito", *Penélope, fazer e desfazer a História* 8 (1992) 9-23.
- A. GUNDEL, "Viriato, lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos. 147-139 a.C.", *Caesaraugusta* 31-32 (1968) 175-198 [Publicado originalmente en R. E. Pauly-Wisowa, IX, A, 1 (Stuttgart 1961), s.v. "Viriatius", cols. 203-230].
- A. GUNDEL, "Probleme der römischen Kamfführung gegen Viriathus", en *Legio VII Gemina* (León 1979) 108-130.
- M. HARRIS, *Jefes, cabecillas, abusones* (Madrid 1996).
- M. W. HELMS, *Ulysses' Sail. An ethnographic Odyssey of power knowledge and geographical distance* (Princeton-New Jersey 1988).

- F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, "La necrópolis de El Romazal. Plasenzuela (Cáceres)", en J. MANGAS - J. ALVAR (eds.), *Homenaje a J. M^a. Blázquez*, vol. II (Madrid 1993) 257-270.
- F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ - E. GALÁN DOMINGO, *La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres). Extremadura Arqueológica*, VI (Badajoz 1996).
- E. J. HOBSBAWN, *Bandits* (Harmondsworth 1969, 2ª edic.: 1985).
- M. HOFFMANN, *De Viriathi Numantinorumque bello. Diss. Greifswald* (Munich 1865).
- A. KINDELAN DUANY, "Viriato. Sus teatros de operaciones", *Revista de Historia Militar* 2 (1958) 9-21.
- R. C. KNAPP, *Aspects of the Roman Experience in Iberia (206-100 B.C.)* (Valladolid 1977).
- W. S. KURTZ SCHAEFER, *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca del Duero (España)* (Oxford 1987).
- J. LENS TUERO, "Viriato, héroe y rey cínico", *Estudios de Filología Griega* 2 (1986) 253-272 [Publicado también en J. LENS TUERO (ed.), *Estudios sobre Diodoro de Sicilia* (Granada 1994) 127-143].
- S. LEWUILLON, "Contre le Don. Remarques sur le sens de la reciprocité et de la compensation sociale en Gaule", en *Fonctionnement social de l'Âge du Fer. Table Ronde de Lons-le-Saunier* (Lons-le-Saunier 1993) 71-89.
- R. LÓPEZ DOMECH, "Sobre reyes, reyezuelos y caudillos militares en la Protohistoria hispana", *Studia Historica. Historia Antigua* 4-5 (1986-87) 19-22.
- R. LÓPEZ MELERO, "Viriatu Hispaniae Romulus", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II*, 1 (1988) 247-261.
- J. MANGAS MANJARRÉS, "Hospitium y patrocinium sobre colectividades públicas: ¿términos sinónimos?", *Dialogues d'Histoire Ancienne* 9 (1983) 165-184.
- R. MARTÍN VALLS, "Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas", en J. Valdeón (dir.), *Historia de Castilla y León*, vol. I, cap.VI (Valladolid 1985) 104-131.
- M. MAUSS, "Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y Antropología* (Madrid 1971) 155-263 [Edición original: "Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques", *L'Année Sociologique*, I (1925) 30-186].
- M^a. J. MEANA CUBERO - F. PIÑERO, *Estrabón. Geografía. Libros III-IV* (Madrid 1992).
- T. MOMMSEN, *Römische Geschichte*, vol. II (Berlín 1903).
- J. MUÑOZ COELLO, "Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica", en P. SÁEZ - S. ORDÓÑEZ (eds.), *Homenaje al Profesor Presedo* (Sevilla 1994a) 283-296.
- J. MUÑOZ COELLO, "Instituciones políticas celtas e ibéricas. Un análisis de las fuentes literarias", *Habis* 25 (1994b) 91-105.
- J. MUÑOZ COELLO, "Riqueza y pobreza en la España prerromana. Notas sobre la función social de los objetos suntuarios", *Habis* 29 (1998) 23-36.
- L. PÉREZ VILATELA, "Notas sobre la jefatura de Viriato en relación con la Ulterior", *Archivo de Prehistoria Levantina. Homenaje a D. Fletcher Valls* 19 (1989a) 191-204.
- L. PÉREZ VILATELA, "Procedencia geográfica de los lusitanos de las guerras del s. II a.C. en los autores clásicos (154-139 a.C.)", en *Actas VII Congreso Español de Estudios Clásicos III* (Madrid 1989b) 257-262.
- L. PÉREZ VILATELA, "Identificación de Lusitania (155-100 a.C.)", en *Homenaje a José Esteve Forriol* (Valencia 1990) 133-140.
- E. PITILLAS SALAÑER, "Una aproximación a las reacciones indígenas frente al expansionismo romano en Hispania (205 al 133 a.n.e.)", *Memorias de Historia Antigua* 17 (1996) 133-155.

- E. PITILLAS SALAÑER, "Jefaturas indígenas en el marco de la conquista romana en Hispania y la Galia", *Hispania Antiqua* 21 (1997) 93-108.
- A. PRIETO ARCINIEGA, "La *devotio* ibérica como forma de dependencia en la Hispania prerromana", *Memorias de Historia Antigua* 2 (1978) 131-135.
- F. QUESADA SANZ, "Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares", en J. MANGAS - J. ALVAR (eds.), *Homenaje a J. M^a. Blázquez*, vol. II (Madrid 1993) 447-466.
- F. QUESADA SANZ, "Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss. V-II a.C.)", *Verdolay* 6 (1994) 99-124.
- F. QUESADA SANZ, "Vino y guerreros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia", en S. CELESTINO PÉREZ (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente* (Madrid 1995) 273-296.
- F. QUESADA SANZ, "¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (Madrid 1997) 185-194.
- J. M^a. RAMOS LOSCERTALES, "La *devotio* ibérica", *Anuario de Historia del Derecho Español* 1 (1924) 7-26.
- J. M^a. RAMOS LOSCERTALES, "Hospicio y clientela en la España céltica", *Emerita* 10 (1942) 308-337.
- K. RANDSBORG, "Into the Iron Age: a discourse on war and society", en J. CARMAN - A. HARDING (eds.), *Ancient warfare. Archaeological perspectives* (Trowbridge 1999) 191-202.
- J. S. RICHARDSON, *Hispaniae. Spain and the development of Roman imperialism, 218-82 B.C.* (Cambridge 1986) [Traducción al castellano: *Hispania y los romanos. Historia de España, II* (Barcelona 1998)].
- F. RODRÍGUEZ ADRADOS, "La *fides* ibérica", *Emerita* 14 (1946) 128-209.
- Z. W. RUBINSOHN, "The Viriatic war and its Roman repercussions", *Rivista Storica dell'Antichità* 11 (1981) 161-204.
- G. RUIZ ZAPATERO - T. CHAPA BRUNET, "La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico-metodológicas", *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos* (Zaragoza 1990) 357-372.
- M. SALINAS DE FRÍAS, "La función del *hospitium* y la clientela en la conquista y romanización de Celtiberia", *Studia Historica. Historia Antigua* 1 (1983) 21-41.
- E. SÁNCHEZ MORENO, "El caballo entre los pueblos prerromanos de la meseta occidental", *Studia Historica. Historia Antigua* 13-14 (1995-96) 207-229.
- E. SÁNCHEZ MORENO, "Aproximación social a la meseta occidental prerromana: riqueza y jerarquización en la necrópolis de El Raso (sector El Arenal). Candeleda, Ávila", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 23 (1996) 164-190.
- E. SÁNCHEZ MORENO, *Meseta occidental e Iberia exterior. Contacto cultural y relaciones comerciales en época prerromana*, Tesis Doctoral en Microfichas, Universidad Autónoma de Madrid, 1998.
- E. SÁNCHEZ MORENO, *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano* (Madrid 2000).
- N. SANTOS YANGUAS - M^a. P. MONTERO HONORATO, "Viriato y las guerras lusitanas", *Bracara Augusta* 37 (1983) 153-181.
- C. SANZ MÍNGUEZ, *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero* (Valladolid). *Memorias. Arqueología en Castilla y León* 6 (Salamanca 1998).
- A. SCHULTEN, "Viriatius", *Neue Jahrbücher* 39 (1917) 209-237.

- A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo IV. Las guerras de 154-72 a.C.* (Barcelona 1937).
- H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien 154-133 v. Chr.* (Frankfurt 1962).
- P. SKALNIK, "Authority versus power: a view from social anthropology", en A. CHEATER (ed.), *The anthropology of power. Empowerment and discupowerment in changing structures* (Londres-Nueva York 1999) 163-174.
- J. J. TIERNEY, "The Celtic Ethnography of Posidonius", en *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 60, C (Dublín 1960) 189-275.
- H. VAN WEES, "The law of gratitude: reciprocity in anthropological theory", en C. GILL - N. POSTLETHWAITE - R. SEAFORD (eds.), *Reciprocity in Ancient Greece* (Oxford 1998) 13-49.